



Facultad de Ciencias Humanas y Sociales

Grado en Relaciones Internacionales

ENTRE EL REALISMO Y EL IDEALISMO

**Análisis comparativo de la política exterior de
Estados Unidos hacia Oriente Medio durante
las presidencias republicanas de G.W. Bush
(2001-2009) y Donald Trump (2017-2021)**

Autor: Alfonso Luis Galiana Calero
Director: Dr. Nicanor Gómez Villegas

MADRID | Abril 2025

Declaración de Uso de Herramientas de IA Generativa en Trabajos Fin de Grado

Por la presente, yo, Alfonso Luis Galiana Calero, estudiante de Administración y Dirección de Empresas y Relaciones Internacionales (E6) de la Universidad Pontificia Comillas, al presentar mi Trabajo Fin de Grado titulado “ENTRE EL REALISMO Y EL IDEALISMO. Análisis comparativo de la política exterior de Estados Unidos hacia Oriente Medio durante las presidencias republicanas de G.W. Bush (2001-2009) y Donald Trump (2017-2021)”, declaro que he utilizado la herramienta de IA Generativa ChatGPT u otras similares de IAG de código sólo en el contexto de las actividades descritas a continuación:

1. **Sintetizador y divulgador de libros complicados:** Para resumir y comprender literatura compleja.
2. **Traductor:** Para traducir textos de un lenguaje a otro.

Afirmo que toda la información y contenido presentados en este trabajo son producto de mi investigación y esfuerzo individual, excepto donde se ha indicado lo contrario y se han dado los créditos correspondientes (he incluido las referencias adecuadas en el TFG y he explicitado para qué se ha usado ChatGPT u otras herramientas similares). Soy consciente de las implicaciones académicas y éticas de presentar un trabajo no original y acepto las consecuencias de cualquier violación a esta declaración.

Fecha: 24 de abril de 2025

Firma:



RESUMEN

En este trabajo se realiza un análisis comparativo de la política exterior de Estados Unidos hacia Oriente Medio durante las administraciones republicanas de George W. Bush (2001-2009) y Donald Trump (2017-2021). El objetivo es determinar qué paradigma teórico, realismo o idealismo, guió la política exterior de estas administraciones, analizando tanto su discurso como sus acciones concretas, y después evaluar la efectividad de ambos enfoques en la estabilidad regional y en la defensa de los intereses estadounidenses. Para ello, se emplea una metodología cualitativa, basada en el análisis de discursos presidenciales, doctrinas estratégicas, entrevistas, memorias y estudios de caso a partir de la revisión de literatura académica especializada. Los hallazgos del trabajo sugieren una clara orientación idealista y neoconservadora en la doctrina Bush y un retorno al realismo durante la primera presidencia de Trump. La investigación también concluye que las políticas idealistas terminaron creando mayor inestabilidad y conflictos prolongados en la región, mientras que las políticas realistas, aunque en ocasiones controvertidas, mostraron mayor efectividad a la hora de promover los intereses estratégicos de Estados Unidos y garantizar la paz y la estabilidad regional.

PALABRAS CLAVE

Realismo, idealismo, Oriente Medio, Bush, Trump, política exterior.

ABSTRACT

This study presents a comparative analysis of the United States' foreign policy towards the Middle East during the Republican administrations of George W. Bush (2001-2009) and Donald Trump (2017-2021). The aim is to determine which theoretical paradigm, realism or idealism, guided the foreign policy of these administrations by analyzing both their rhetoric and concrete actions, and to then assess the effectiveness of each approach in promoting regional stability and defending U.S. strategic interests. To this end, the study employs a qualitative methodology based on the analysis of presidential speeches, strategic doctrines, interviews, memoirs, and case studies derived from a review of specialized academic literature. The findings suggest a clear idealist and neoconservative orientation in the Bush Doctrine and a return to realism during Trump's first presidency. The research also concludes that idealist policies ultimately contributed to greater instability and prolonged conflicts in the region, whereas realist policies, although sometimes controversial, proved more effective in advancing U.S. strategic interests and ensuring peace and regional stability.

KEYWORDS

Realism, idealism, Middle East, Bush, Trump, foreign policy.

ÍNDICE

1. INTRODUCCIÓN	6
1.1 Contextualización y justificación del tema	6
1.2 Objetivo	9
1.3 Estructura y metodología	9
2. MARCO TEÓRICO: REALISMO E IDEALISMO	11
3. ANÁLISIS DE LA PRESIDENCIA DE GEORGE W. BUSH (2001-2009)	15
3.1 Dialéctica, retórica e ideología en la política exterior de Bush	15
3.2 La doctrina Bush: Idealismo neoconservador y unilateralismo	19
3.3 El impacto de la doctrina Bush en Oriente Medio	21
3.3.1 Afganistán: El inicio de la “guerra contra el terror”	21
3.3.2 Irak: El experimento fallido de la doctrina Bush	24
4. ANÁLISIS DE LA PRIMERA PRESIDENCIA DE DONALD J. TRUMP (2017-2021)	29
4.1 Dialéctica, retórica e ideología en la política exterior de Trump	29
4.2 La Estrategia de Seguridad Nacional de 2017	32
4.3 Donald Trump y Oriente Medio	36
4.3.1 Estrategia de “máxima presión” contra Irán	37
4.3.2 Fortalecimiento militar y diplomático de Israel	38
4.3.3 Apoyo incondicional a Arabia Saudí	40
4.3.4 Lucha contra el terrorismo en Siria, Irak y Afganistán	42
5. CONCLUSIONES	44
BIBLIOGRAFÍA	47

1. INTRODUCCIÓN

1.1 Contextualización y justificación del tema

En las últimas décadas, Oriente Medio se ha consolidado como una región de vital importancia para los intereses estratégicos de Estados Unidos (Al Sarhan, 2017). Tras el fin de la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos y la Unión Soviética emergieron como los actores dominantes en la escena internacional, lo que dio origen a un orden mundial bipolar en el que ambas superpotencias comenzaron a competir por expandir su área de influencia en diversas regiones del mundo, siendo Oriente Medio una de ellas (Al Sarhan, 2017). Con la disolución de la Unión Soviética y el fin de la Guerra Fría, Estados Unidos se consolidó como la potencia hegemónica global. El nuevo sistema internacional unipolar fortaleció tanto la capacidad como la voluntad de Estados Unidos para involucrarse en regiones críticas como Oriente Medio, con el fin de proteger sus intereses estratégicos (Litwak, 2002). Asimismo, reforzó las intenciones estadounidenses de proyectar globalmente su poder, incluyendo objetivos ideológicos como la promoción de la democracia y los valores liberales (Litwak, 2002).

En este trabajo seguiremos la definición académica propuesta por Surratt (2000) para referirnos a Oriente Medio, la cual comprende los “estados árabes de Asia, los estados árabes del norte de África, Israel y los estados no árabes de Afganistán, Irán, Pakistán y Turquía”. En este contexto, la importancia estratégica de la región para Estados Unidos se fundamenta en factores de diversa índole. Desde un punto de vista geopolítico, la delimitación geográfica de Oriente Medio como intersección entre Europa, Asia y África la convierte en una región fundamental para una gran cantidad de rutas terrestres y marítimas clave para el comercio global (Al Sarhan, 2017).

En el plano energético, Oriente Medio tiene un papel vital para el funcionamiento de la economía mundial, ya que alberga alrededor del 50% de las reservas mundiales de petróleo y el 30% de su producción global (International Energy Agency, 2024). Aunque en los últimos años Estados Unidos ha reducido su dependencia directa de estas importaciones, la región sigue siendo clave, ya que el mercado del petróleo es un mercado global en el que la oferta y la demanda total son los principales determinantes de su precio (Byman y Moller, 2016). Por lo tanto, situaciones de inestabilidad e interrupciones del suministro de petróleo en cualquiera de los principales países productores tienen efectos significativos en la economía americana, independientemente del nivel directo de importaciones (Byman y Moller, 2016).

Por otra parte, Estados Unidos mantiene sólidos lazos estratégicos, históricos y diplomáticos en la región. Según las estimaciones del *Council on Foreign Relations*, entre los diez principales receptores de la ayuda militar y económica que Estados Unidos ha enviado entre 1946 y 2024, podemos encontrar hasta cinco países de Oriente Medio: Israel, Egipto, Afganistán, Irak y Turquía (Masters y Merrow, 2024). Israel destaca como el mayor receptor de esta ayuda, superando los 300 mil millones de dólares, ajustados por la inflación, desde 1946 (Masters y Merrow, 2024). En este sentido, Estados Unidos fue uno de los primeros países en reconocer oficialmente al Estado de Israel y ha desempeñado un rol central en el proceso de paz árabe-israelí (Al Sarhan, 2017). El respaldo a Israel goza de amplio apoyo interno, especialmente en las comunidades judía estadounidense y evangélica protestante (Byman y Moller, 2016).

Oriente Medio también es una fuente de amenazas significativas que afectan directamente a la seguridad de Estados Unidos. Entre ellas, encontramos el terrorismo global ejercido por grupos como Al-Qaeda y el Estado Islámico, la proliferación de armas de destrucción masiva y la presencia de estados hostiles como Irán. En especial, los atentados del 11 de septiembre de 2001 demostraron cómo eventos originados en Oriente Medio podían tener consecuencias directas y devastadoras en territorio estadounidense. Desde entonces, la región ha concentrado una presencia militar aún más significativa por parte del gigante americano. Oriente Medio constituye el Comando Central del Ejército estadounidense (CENTCOM) y alberga algunas de las mayores bases militares de EE. UU. en el extranjero, como las de Arabia Saudí, Kuwait, Emiratos Árabes Unidos y Catar (Byman y Moller, 2016).

En términos teóricos, este trabajo se apoya en los marcos del realismo y el idealismo con el fin de facilitar la comprensión de las motivaciones y consecuencias de diversas acciones de política exterior estadounidense hacia Oriente Medio. El realismo y el idealismo son los dos principales paradigmas de las Relaciones Internacionales, y representan el mayor eje de debate en la disciplina desde que se constituyera como un campo de estudio teórico tras el fin de la Primera Guerra Mundial (Noor y Kasap, 2022).

Estos paradigmas representan dos formas muy distintas de comprender el mundo, la naturaleza humana y los principios que deben guiar las relaciones entre estados. El realismo entiende que las naciones actúan guiadas por su interés nacional y la búsqueda de poder, y que estos mismos instintos son los que deben guiar las acciones de política exterior de un mandatario (Smith, 2021). En contraste, la tradición idealista sostiene que la política exterior debe orientarse también por principios éticos universales y enfatiza la

promoción de la democracia, los derechos humanos y el respeto al derecho internacional como metas centrales de esta (Smith, 2021). El realismo y el idealismo se han alternado a lo largo de la historia como las filosofías dominantes que han inspirado las acciones exteriores de los presidentes estadounidenses, incluso mucho antes de ser formuladas como teorías (Toro Hardy, 2021).

Por otra parte, este estudio se centra en analizar las acciones hacia Oriente Medio de los presidentes del Partido Republicano en el siglo XXI, concretamente George W. Bush y Donald Trump durante su primera presidencia. Esto se debe a que, en primer lugar, Oriente Medio tuvo un papel central en ambas administraciones, marcadas por acontecimientos clave que redefinieron profundamente la política exterior estadounidense en la región. Durante la presidencia de Bush, los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001 dieron lugar a la llamada “guerra global contra el terrorismo” (Litwak, 2002). La primera administración Trump también introdujo cambios sustanciales en la política hacia Oriente Medio, con decisiones como la retirada del acuerdo nuclear con Irán, el traslado de la embajada estadounidense en Israel a Jerusalén y los “Acuerdos de Abraham” entre Israel y diversos países árabes.

El estudio de estos dos periodos ofrece la oportunidad de contrastar las políticas hacia una misma región y en un espacio temporal próximo de dos presidentes de un mismo partido político, aunque con enfoques ideológicos y doctrinales muy distintos. Por lo tanto, este trabajo permitirá, en última instancia, evaluar la efectividad de los paradigmas realista e idealista de las Relaciones Internacionales en términos de resultados prácticos y estratégicos. Asimismo, la amplia disponibilidad de fuentes primarias y secundarias sobre ambas administraciones garantiza las condiciones necesarias para un análisis riguroso y fundamentado.

Por último, cabe destacar que, aunque la versión final del trabajo se centra exclusivamente en las administraciones republicanas de Bush y Trump, originalmente también incluía el estudio de la política exterior hacia Oriente Medio de Barack Obama. Finalmente, se decidió eliminar dicho análisis del cuerpo principal del trabajo por razones de extensión y porque el enfoque comparado entre dos presidentes del mismo partido, pero con estilos y doctrinas claramente diferenciadas, aporta una perspectiva interesante y poco explorada por la literatura académica. No obstante, el estudio de la presidencia de Obama ha sido fundamental para comprender con mayor facilidad y profundidad las continuidades, rupturas y matices presentes en las políticas de su predecesor y de su sucesor.

1.2 Objetivo

El objetivo principal de este trabajo es analizar y comparar la política exterior hacia Oriente Medio de dos administraciones estadounidenses del Partido Republicano durante el siglo XXI, en concreto la de George W. Bush (2001-2009) y la primera administración de Donald Trump (2017-2021). Por lo tanto, el objetivo se desglosa en tres propósitos específicos. En primer lugar, revisar el discurso, la narrativa y las doctrinas estratégicas de dichas administraciones, con el fin de identificar si siguieron un enfoque teórico realista o idealista. En segundo lugar, examinar la coherencia entre la retórica ideológica y las principales decisiones implementadas en la región de Oriente Medio, identificando si estas también estuvieron motivadas por una lógica realista o idealista. Por último, evaluar el impacto que estas políticas tuvieron en la paz, estabilidad y seguridad regional, así como en el avance de los intereses estadounidenses, y comparar los resultados de las políticas realistas e idealistas a lo largo de todo el periodo analizado.

1.3 Estructura y metodología

Este trabajo se estructura en torno a cinco capítulos y emplea una metodología cualitativa. Tras la introducción desarrollada en el capítulo uno (1), en el capítulo dos (2) se concreta el marco teórico, en el que se definen y contrastan los dos paradigmas de las Relaciones Internacionales que son objeto de análisis en el trabajo, el realismo y el idealismo. La metodología empleada en este apartado ha consistido en una revisión exhaustiva de literatura académica especializada, recurriendo a monografías, artículos científicos y ensayos teóricos consultados en bases de datos como *JSTOR*, *Google Scholar*, *ResearchGate*, *Scientific Research* y a los libros *The Tragedy of Great Power Politics* de J. J. Mearsheimer (2001) y *Ideals, Interests, and U.S. Foreign Policy from George H. W. Bush to Donald Trump* de R. Powaski (2019).

Los capítulos tres (3) y cuatro (4) conforman el núcleo empírico del trabajo y se centran en el análisis de la política exterior hacia Oriente Medio de las administraciones de George W. Bush y Donald Trump. Para llevar a cabo el análisis de la retórica y las doctrinas de política exterior de cada administración, se han empleado fuentes primarias como discursos presidenciales, documentos oficiales (doctrinas de seguridad nacional, intervenciones ante la ONU, comunicados de prensa), entrevistas y memorias, obtenidas de archivos gubernamentales y bases académicas como *Presidential Rhetoric Project*, *White House Archives* y las colecciones digitales de think tanks como el *Belfer Center*,

así como literatura académica especializada obtenida a partir de las bases académicas mencionadas anteriormente y la prestigiosa revista *Foreign Affairs*.

Para analizar cómo estas orientaciones ideológicas se tradujeron en acciones concretas en Oriente Medio y su impacto, se han seleccionado los acontecimientos más relevantes que marcaron la agenda de cada presidencia en la región. Después, se ha aplicado una metodología de estudio de casos mediante una síntesis crítica de diversos artículos académicos, noticias de prensa, informes institucionales y los libros *The Great Delusion: Liberal Dreams and International Realities* de J.J. Mearsheimer (2018), *Ideals, Interests, and U.S. Foreign Policy from George H. W. Bush to Donald Trump* de R. Powaski (2019), *Realism and Idealism in Foreign Policy Decision Making* de H.J. Smith (2021) y *Chaos Reconsidered: The Liberal Order and the Future of International Politics* de R. Jervis, F. J. Gavin, J. Rovner y D. N. Labrosse (2023).

Finalmente, en el capítulo cinco (5) se recogen las conclusiones del trabajo y se comparan los resultados de las políticas realistas e idealistas en función de su impacto en la estabilidad regional y en la promoción de los intereses estratégicos de Estados Unidos.

2. MARCO TEÓRICO: REALISMO E IDEALISMO

A lo largo de la historia de la política exterior estadounidense han existido diversos debates sobre el papel que Estados Unidos debe jugar en el sistema internacional. Por ejemplo, algunos han defendido el aislacionismo frente a los partidarios del intervencionismo, y otros han preferido el multilateralismo en contraposición a los seguidores del unilateralismo (Haass, 2009). Sin embargo, ningún debate ha sido tan profundo y persistente como el enfrentamiento entre quienes sostienen que el propósito principal de la política exterior estadounidense debe ser preservar los intereses por encima de todo, los realistas, y aquellos que consideran que los valores liberales son universales y Estados Unidos tiene el deber de promoverlos, los idealistas (Haass, 2009).

Pero la dicotomía entre realismo e idealismo es tan intensa como longeva, y su origen es muy anterior al surgimiento de Estados Unidos. Como afirma Powaski (2019), este debate ha estado presente en la diplomacia desde la antigua Atenas hasta nuestros días. De hecho, la tensión entre valores morales e intereses es una parte intrínseca no solo de las relaciones internacionales, sino de toda relación humana (Powaski, 2019).

El realismo, entendido como una doctrina teórica de las relaciones internacionales, tiene su origen en los años de la Segunda Guerra Mundial. Las dos obras clave que dieron forma a este paradigma son *The Twenty Years' Crisis, 1919-1939* de E. H. Carr y *Politics Among Nations* de Hans Morgenthau. No obstante, sus fundamentos filosóficos se remontan a los tiempos de autores clásicos como Tucídides y Maquiavelo. Tucídides, en su descripción de las guerras del Peloponeso, muestra una visión de las relaciones entre Estados basada en el poder, en la que los fuertes se imponen sobre los débiles (Iriarte, 2021). Como Tucídides, los realistas consideran que la política internacional, en palabras del propio Morgenthau (1948), “como toda política, es una lucha por el poder”.

Maquiavelo, en su conocida obra *El Príncipe*, destaca la naturaleza egoísta y pragmática del ser humano (Iriarte, 2021). Al igual que Maquiavelo, los realistas parten de una visión pesimista de la naturaleza humana, heredera también de Hobbes y su filosofía de “el hombre es un lobo para el hombre”. Desde esta perspectiva antropológica, los realistas argumentan que el sistema internacional se encuentra en un estado de naturaleza hobbesiano, donde reina la anarquía debido a la ausencia de una autoridad central o Leviatán (Mearsheimer, 2001).

A su vez, la anarquía genera incertidumbre sobre las intenciones de los demás Estados, debido a la concepción pesimista de la naturaleza humana, lo que impulsa a cada

uno de ellos a buscar incrementar su poder con el fin de garantizar su supervivencia (Mearsheimer, 2001). Por consiguiente, el objetivo supremo de los Estados es maximizar su poder, que para los realistas está determinado principalmente por la capacidad militar relativa (Mearsheimer, 2001). Además, los realistas entienden la competición entre Estados como un balance de poder en forma de juego de suma cero. Aunque los Estados puedan cooperar ocasionalmente, poseen intereses fundamentalmente conflictivos y cuando uno gana poder, otro lo pierde (Mearsheimer, 2001).

En la actualidad, dentro del realismo destacan dos corrientes principales, el realismo defensivo de Kenneth Waltz y el realismo ofensivo de John Mearsheimer. Waltz, en su obra *Theory of International Politics* (1979), sostiene que los Estados deben acumular el poder estrictamente suficiente para asegurar su supervivencia, ya que un exceso de este aumentará la sensación de inseguridad del resto de Estados y los incentivará a aumentar sus capacidades o crear alianzas en su contra. Por lo tanto, los realistas defensivos defienden que el sistema más estable es un equilibrio de poder multipolar, donde no exista ninguna potencia que tenga un poder excesivamente superior a otra (Waltz, 1979). Por su parte, el realismo ofensivo, planteado por Mearsheimer en su libro *The Tragedy of Great Power Politics* (2001), afirma que las grandes potencias deben buscar lograr un poder sin límites y aspirar a ser la potencia hegemónica mundial, pues esta es la posición más segura y la única donde la supervivencia está garantizada (Mearsheimer, 2001). Por lo tanto, los realistas ofensivos creen que el sistema más estable es un equilibrio de poder unipolar.

En la práctica, el realismo se caracteriza por anteponer los intereses nacionales, entendidos en términos de poder, ante cualquier otra consideración (Iriarte, 2021). En el caso de Estados Unidos, los presidentes más cercanos al realismo han pertenecido al Partido Republicano, como Richard Nixon (1969-1974) y George H.W. Bush (1989-1993). Nixon y su secretario de Estado, Henry Kissinger, entendían el mundo en términos realistas de equilibrio de poder. Ambos promovieron el acercamiento de Estados Unidos a la China comunista para alejarla de la órbita soviética, crear un equilibrio favorable a los intereses estadounidenses y facilitar una salida negociada de Vietnam con la ayuda de Pekín (Switzer, 2014). Años más tarde, el presidente Jimmy Carter, gran defensor del idealismo, les criticaría duramente por “aliarse con dictaduras por motivos puramente geopolíticos, ignorando la promoción de los derechos humanos y la democracia” (Powell, 2015). Por su parte, George H.W. Bush ha sido calificado por muchos autores como “el realista por excelencia” (Switzer, 2018), debido a que, durante la primera Guerra del

Golfo, declinó derrocar a Saddam Hussein o democratizar Irak y se centró en restaurar el orden y la estabilidad regional (Switzer, 2018).

Por otra parte, el idealismo, también denominado frecuentemente liberalismo, surge como paradigma tras la Primera Guerra Mundial, con el objetivo de construir un orden internacional más pacífico y evitar la repetición de conflictos similares (Wilson, 2011). Este enfoque fue impulsado por el presidente estadounidense Woodrow Wilson, cuyo legado quedó asociado para siempre a esta corriente, conocida también como wilsonianismo. El primer experimento práctico del idealismo fue la creación de la Sociedad de Naciones (Wilson, 2011). El idealismo está inspirado en gran medida en las ideas de Immanuel Kant expuestas en su ensayo *Sobre la paz perpetua*, en el que imaginaba una federación de repúblicas libres coexistiendo en paz.

Si el realismo se caracteriza por una visión pesimista del mundo y la naturaleza humana, el idealismo se presenta como una doctrina optimista (Wilson, 2011). Al igual que Kant, los idealistas creen que es posible “trascender la anarquía internacional para crear un orden mundial más cosmopolita y armonioso” (Wilson, 2011). Mientras que los realistas consideran la guerra como inevitable y justificable según las circunstancias, los idealistas la conciben como una enfermedad que debe ser eliminada de la política internacional (Wilson, 2011), y creen firmemente que es posible lograr este objetivo (Mearsheimer, 2001). Los idealistas sostienen que las políticas basadas en el equilibrio de poder deberían ser reguladas o abolidas, puesto que son la causa principal de las guerras (Wilson, 2011).

Los idealistas también creen en la existencia de valores e intereses comunes entre los pueblos, que están por encima de los conflictos superficiales entre estados y gobiernos. Defienden que todos los seres humanos comparten una moralidad común, cuya base son los derechos humanos y el principio kantiano según el cual las personas deben ser respetadas como fines en sí mismas (Wilson, 2011). Por tanto, los idealistas consideran que para conseguir una paz duradera y un mundo mejor, los valores liberales universales deben ser promovidos y expandidos a todo el mundo.

En consecuencia, uno de los pilares centrales del idealismo es la teoría de la paz democrática, esbozada por Kant y desarrollada empíricamente por investigadores contemporáneos como Michael Doyle (1983) en su artículo “Kant, Liberal Legacies, and Foreign Affairs”. Esta teoría establece que existen estados “buenos” y “malos” dentro del sistema internacional (Mearsheimer, 2001). Los estados “buenos” son las democracias, que tienden a perseguir políticas cooperativas y rara vez inician guerras entre ellas. Los

estados “malos”, como las dictaduras, suelen provocar conflictos y recurrir a la fuerza para imponer su voluntad. Por lo tanto, según los idealistas, la clave para lograr una paz sostenible radica en poblar el mundo de democracias (Mearsheimer, 2001).

Los idealistas sostienen también que altos niveles de interdependencia económica reducen significativamente la probabilidad de conflictos armados (Mearsheimer, 2001). Autores como Robert Keohane y Joseph Nye, en su obra *Power and Interdependence* (1977), argumentan que la interdependencia económica permite superar la lógica del poder relativo y lograr beneficios mutuos. Por lo tanto, los idealistas entienden el comercio como un juego de suma positiva, contrario al juego de suma cero propuesto por los realistas, y defienden la liberalización del comercio internacional como método para promover la paz.

En el contexto práctico de la política exterior estadounidense, los idealistas son aquellos que suelen priorizar la misión de construir un mundo mejor basado en valores sobre los intereses materiales de Estados Unidos (Powaski, 2019). Buscan exportar a otros países el modelo capitalista democrático estadounidense (Powaski, 2019), ya que identifican los valores universales que generan paz con aquellos sobre los cuales se construyó Estados Unidos: la democracia y el liberalismo económico.

Habitualmente, los idealistas pertenecen al Partido Demócrata, y suelen ser también internacionalistas, puesto que creen que las instituciones multilaterales internacionales aumentan la cooperación y disminuyen las posibilidades de conflicto. En esta tradición se enmarcan presidentes como el propio Wilson y Franklin Delano Roosevelt, impulsor de las Naciones Unidas (Mearsheimer, 2011). Otro ejemplo destacado es el mencionado Jimmy Carter, quien se comprometió a romper con el “amoralismo realista de sus predecesores” Nixon y Ford, y basó su diplomacia en la defensa de los derechos humanos (Powell, 2015). No obstante, también existen idealistas en el Partido Republicano, los cuales son conocidos como neoconservadores y se caracterizan por un mayor escepticismo hacia las instituciones multilaterales.

3. ANÁLISIS DE LA PRESIDENCIA DE GEORGE W. BUSH (2001-2009)

George Walker Bush nació el 6 de julio de 1946 en New Haven, Connecticut, en el seno de una de las dinastías políticas más influyentes de Estados Unidos. Hijo del expresidente George H.W. Bush, creció en un entorno marcado por el servicio público y la política, aunque su trayectoria inicial estuvo más ligada al mundo empresarial (Powaski, 2019). En 1995 dio el salto al panorama político tras ser elegido gobernador de Texas. Su estilo político, caracterizado por un enfoque conservador y una retórica de liderazgo fuerte, lo llevó a ganar las elecciones presidenciales del año 2000 como candidato del partido republicano frente al demócrata Al Gore, en una de las contiendas electorales más disputadas de la historia estadounidense (Powaski, 2019).

3.1 Dialéctica, retórica e ideología en la política exterior de Bush

La retórica en materia de política exterior del presidente Bush y su administración cambió radicalmente a raíz de los ataques del 11 de septiembre de 2001, pasando de una dialéctica eminentemente realista a un discurso fundamentado en el más puro idealismo (Shrader, 2022). La visión inicial de Bush en materia de política exterior se refleja de manera muy clara en su libro de 1999, *A Charge to Keep: My Journey to the White House*. En este libro, Bush realiza una alusión directa a la doctrina del realismo, afirmando que “la búsqueda de la paz requiere una actitud realista en las relaciones con potencias como China y Rusia (Bush, 1999). Declaraciones similares pueden ser detectadas en su primer gran discurso centrado en política exterior en 1999, cuando estaba compitiendo por ser el candidato republicano en las elecciones del año siguiente. Bush declaró que, en materia exterior, “un presidente debe ser un realista con visión clara” (Mazarr, 2003).

Más adelante, en su discurso de aceptación de la nominación presidencial, pronunciado en Filadelfia el 3 de agosto de 2000 (Shrader, 2022), Bush declara que, en caso de ser elegido presidente, su “administración desplegará defensas antimisiles para protegernos de ataques y chantajes en la fecha más temprana posible” (Bush, 2000). Este posicionamiento puede vincularse directamente con el realismo defensivo de Kenneth Waltz, que, como vimos en el capítulo anterior, sostiene que el sistema internacional incentiva a los estados a acumular capacidades defensivas, ya que estas garantizan su seguridad sin amenazar a otras potencias y desestabilizar el equilibrio de poder (Waltz, 1979). En el mismo discurso, Bush argumenta que “ahora es el momento, no de defender tratados obsoletos, sino de defender al pueblo estadounidense” (Bush, 2000). Esto señala

un rechazo a una de las corrientes del idealismo, el internacionalismo liberal, y denota una predilección por la doctrina realista que sostiene que los tratados suelen no ser útiles, ya que no responden adecuadamente a las realidades del poder y diluyen la capacidad de los países para perseguir sus intereses estratégicos, tal y como defiende el académico realista Charles Krauthammer (2005).

Otro ejemplo del realismo que dominó la retórica de Bush se encuentra en su discurso inaugural, pronunciado el 20 de enero de 2001 (Shrader, 2022). Bush señaló que “Estados Unidos sigue comprometido con el mundo, por la historia y por elección, moldeando un equilibrio de poder que favorezca la libertad y defienda a nuestros aliados y nuestros intereses” (Bush, 2001). Una vez más, Bush alude a un concepto clave del realismo, la defensa del interés nacional como la piedra angular de las relaciones internacionales (Shrader, 2022).

Siguiendo la misma línea del presidente, varios miembros de su administración también dejaron claro desde un principio cómo la doctrina realista guiaría las acciones de política exterior del nuevo gobierno. Por ejemplo, Bush nombró secretario de Estado al general Colin Powell, que había servido como Jefe del Estado Mayor Conjunto del Ejército de Estados Unidos durante la administración de Bush padre, y era un claro defensor del realismo. Como coautor de la doctrina que lleva su nombre (la doctrina Powell), era partidario de que la acción militar de Estados Unidos en el exterior debía llevarse a cabo exclusivamente en defensa de un interés nacional vital (Powaski, 2019).

A su vez, Bush nombró a Condoleezza Rice como su asesora de Seguridad Nacional. Rice, profesora de ciencias políticas en la Universidad de Stanford, afirmó en varias ocasiones ser una clara defensora del realismo (Mazarr, 2003), al igual que su mentor, el general Scowcroft (Powaski, 2019). Rice dejó claras sus posiciones en su artículo “Promoting the National Interest” de 1999, publicado en la revista *Foreign Affairs*, en el cual “insiste en que el interés nacional debe prevalecer sobre los intereses humanitarios u otros intereses de la comunidad internacional” y rechaza explícitamente las intervenciones humanitarias de corte idealista que el presidente Clinton había llevado a cabo en Haití y Bosnia (Powaski, 2019).

No obstante, dentro de la administración Bush existía otro sector compuesto por los denominados neoconservadores. Este término se refiere “a un grupo de intelectuales liberales que, en la década de 1970, se volvieron más conservadores y anti-soviéticos” (Powaski, 2019). En materia de política exterior, los neoconservadores se caracterizan por su rechazo frontal al realismo y “las políticas de realpolitik de Nixon y Kissinger”

(Powaski, 2019) y, por lo tanto, por estar encuadrados dentro del idealismo. No obstante, los neoconservadores se diferenciaban de otras corrientes idealistas, como el internacionalismo liberal, ya que “tenían poca confianza en instituciones multinacionales como las Naciones Unidas” (Powaski, 2019) y eran más proclives a defender el unilateralismo cuando era necesario, tal y como establecimos en el capítulo dos.

Este grupo estaba encabezado por Paul Wolfowitz, quien fue nombrado por Bush como subsecretario de Defensa. También encontramos a otros dos hombres clave que ejercieron una gran influencia sobre el presidente y que, si bien no se identificaban a sí mismos con el neoconservadurismo, fueron altamente influenciados por asesores que sí formaban parte de este movimiento ideológico. El primero de estos hombres no es otro que el propio vicepresidente de Bush, Richard “Dick” Cheney. Si bien Cheney sirvió como secretario de Estado en la administración de George H.W. Bush (1989-1993), caracterizada por su alineamiento con los principios del realismo, este no siempre compartió la doctrina defendida por Bush padre, y será uno de los principales impulsores de la guerra de Irak en 2003 (Powaski, 2019). El hombre que completaba el tridente era el secretario de Defensa Donald Rumsfeld, quien había ocupado ya el mismo cargo bajo la presidencia de Gerald Ford entre los años 1974 y 1977.

Hemos visto como el presidente Bush, sin experiencia previa en seguridad nacional y asuntos exteriores, durante la campaña electoral y los primeros momentos de su presidencia, optó por proyectar una política y dialéctica que claramente estaba influida por el ala realista de su administración. No obstante, los ataques perpetrados por terroristas de Al-Qaeda el 11 de septiembre de 2001 cambiarían para siempre la política exterior de Bush, y la influencia neoconservadora empezó a reemplazar gradualmente la realista (Powaski, 2019).

Según Gordon (2006), existen dos factores que explican el viraje en la retórica de Bush a partir del 11-S. Uno de ellos es la sensación de vulnerabilidad que invadió a la sociedad estadounidense de forma repentina tras el shock que supusieron los atentados del 11 de septiembre. Este fue el primer momento desde la crisis de los misiles de Cuba en el que los estadounidenses sentían una amenaza tan cercana hacia su seguridad nacional, lo que generó un gran sentimiento colectivo de apoyo incondicional hacia medidas extremas para acabar con la amenaza del terrorismo, incluyendo la intervención militar en Oriente Medio (Gordon, 2006).

El segundo factor que Gordon (2006) destaca es la sensación de que Estados Unidos acumulaba un tremendo poder sin precedentes en la historia del país. El fin de la

Guerra Fría había dado origen a un mundo unipolar donde Estados Unidos ejercía una clara hegemonía, lo que, sumado al crecimiento económico, los avances tecnológicos con la revolución del internet y los éxitos militares de la década de 1990, generó en el pueblo estadounidense un optimismo generalizado sobre la capacidad de Estados Unidos para transformar el mundo, sentimiento compartido por el gobierno de Bush y especialmente por los neoconservadores (Gordon, 2006).

Por lo tanto, este fue el caldo de cultivo perfecto para decantar la balanza del lado del ala idealista del gobierno. Bush entendió y asumió que los atentados no eran solo un ataque a los Estados Unidos, sino a los ideales americanos de la libertad y la democracia (Smith, 2021). En consecuencia, la retórica de la administración abandonó el enfoque realista de la doctrina Powell, y viró hacia una dialéctica centrada en la lucha por la verdad moral, los valores compartidos, la libertad, la democracia y la preservación de la paz (Shrader, 2022), inspirada en el idealismo de presidentes como Wilson, F.D. Roosevelt, Carter y el propio Ronald Reagan (Kissinger, 1994).

El tradicional discurso de graduación en la academia militar de West Point, pronunciado el 1 de junio de 2002, supuso el punto de inflexión a partir del cual Bush abandona por completo la dialéctica realista para abrazar el idealismo (Shrader, 2022). En dicho discurso, Bush señala su preocupación por los asuntos morales apuntando que “la verdad moral es la misma en todas las culturas, en todos los tiempos y en todos los lugares” (Bush, 2002). También resaltó su compromiso con la lucha contra el mal moral que según él representaba el terrorismo y los estados que lo apoyaban, señalando que Estados Unidos estaba inmerso en un conflicto “entre el bien y el mal” (Bush, 2002). A su vez, Bush también rechaza “los principios realistas de contención y disuasión” (Shrader, 2022), afirmando que “la disuasión no significa nada contra redes terroristas sombrías sin nación ni ciudadanos que defender y la contención no es posible cuando dictadores desequilibrados con armas de destrucción masiva pueden entregar esas armas” a los terroristas (Bush, 2002).

Otro ejemplo se puede encontrar ocho meses después, en un discurso pronunciado el 26 de febrero de 2003 en el *American Enterprise Institute*, en el que Bush aboga por la promoción de la democracia en Irak (Shrader, 2022). En dicho discurso señala que “el mundo tiene un claro interés en la expansión de los valores democráticos, porque las naciones estables y libres no generan ideologías de asesinato, sino que fomentan la búsqueda pacífica de una vida mejor” (Bush, 2003a) y “la nación de Irak (...) es plenamente capaz de avanzar hacia la democracia y vivir en libertad” (Bush, 2003a).

Posteriormente, en su intervención en el Palacio de Whitehall en Londres, el 19 de noviembre de 2003, Bush se reafirmó en su defensa del modelo de democracia y economía de mercado como los sistemas políticos y económicos más adecuados en aras de garantizar la paz y la seguridad internacional. Bush no solo afirmó la idoneidad de estos sistemas, sino que recalcó el compromiso que “Estados Unidos y Gran Bretaña comparten en su misión con la expansión global de la democracia, y con la esperanza y el progreso que esta trae, como alternativa a la inestabilidad, el odio y el terrorismo” (Bush 2003b) e incluso llegó a afirmar que ese compromiso “va más allá del equilibrio de poder o la simple búsqueda de intereses” (Bush 2003b), que son los principios fundamentales del realismo. Vemos cómo las declaraciones incluidas a lo largo de este discurso mantienen una gran similitud con la teoría de la paz democrática de Michael Doyle, uno de los principales referentes del idealismo, que, como señalamos en el capítulo dos, establece que las democracias tienen menos probabilidades de entrar en conflicto con otras democracias (Doyle, 1983).

Por último, podemos constatar el completo abandono de la doctrina del realismo por parte de Bush en su discurso frente a las Naciones Unidas el 21 de septiembre de 2004, en el que el presidente afirma que la “seguridad no se encuentra meramente en esferas de influencia o en algún equilibrio de poder, sino en el avance de los derechos de la humanidad” (Bush, 2004). Una vez más, Bush rechaza un concepto básico del realismo para después expresar su intención de promover un ideal moral. En el mismo discurso, Bush insiste en la idea de promover de la democracia “mediante la instauración del estado de derecho y cortes independientes, una prensa libre, partidos políticos y sindicatos” (Bush, 2004), como la mejor garantía de la paz y la seguridad en el sistema internacional.

3.2 La doctrina Bush: Idealismo neoconservador y unilateralismo

En palabras del comentarista político Charles Krauthammer (2005), “la doctrina Bush es, esencialmente, un sinónimo de política exterior neoconservadora”, por lo que claramente se sitúa en el campo del idealismo. La doctrina Bush parte de la premisa de que, tras el fin de la Guerra Fría, EE.UU. es la única superpotencia global. A diferencia de los realistas, los neoconservadores defienden que, en este contexto, la tradicional política del equilibrio de poder no tiene lugar (Schmidt y Williams, 2008). Mientras que un realista defensivo opinaría que la hegemonía estadounidense no es beneficiosa para los intereses del país, pues derivaría en que la mayoría de las otras grandes potencias

centren sus esfuerzos en generar resistencia y contrapesos para equilibrar la influencia americana (Mazarr, 2003), para un neoconservador el efecto sería totalmente el contrario.

Los neoconservadores opinan que el poder estadounidense, al ser tan superior al de otras potencias y ser esencialmente benigno, no derivaría en esfuerzos por parte de otros países para revertir el desequilibrio de poder (Schmidt y Williams, 2008). En este sentido, Mearsheimer (2005) argumenta que los neoconservadores creen que la política internacional opera según la lógica del *bandwagoning*, es decir, que, en lugar de intentar contrarrestar el poder de un estado significativamente más poderoso, entenderán que resistirse no tiene sentido y acabarán uniéndose a él.

Otra de las principales características de la doctrina Bush, derivada de esta manera de entender el sistema internacional, es una clara tendencia al unilateralismo. Los neoconservadores defendían la idea de que la posición hegemónica de Estados Unidos en el mundo unipolar le otorgaba el privilegio de poder actuar unilateralmente. Pero la doctrina Bush no rechaza las instituciones multilaterales ni el orden internacional liberal en sí mismos, aunque entiende que estos han sido creados, mantenidos y dependen de Estados Unidos, por lo que este tiene el privilegio de escoger cuándo someterse a las normas impuestas por estos organismos multilaterales (Schmidt y Williams, 2008).

Por último, la característica principal de la doctrina Bush, y que proporciona una cierta justificación a las tendencias unilateralistas que defiende, es la promoción de la democracia, elemento muy arraigado en la tradición idealista. Los neoconservadores creen que Estados Unidos representa “una fuerza democratizadora deseada por todos los pueblos” (Schmidt y Williams, 2008) y sostienen que la historia ha llevado a Estados Unidos a ocupar esa posición hegemónica en el sistema internacional para que actúe como una fuerza democratizadora y expanda los ideales americanos de libertad a todo el mundo (Schmidt y Williams, 2008).

Esto tiene origen en el hecho de que uno de los principales referentes neoconservadores es el presidente republicano Ronald Reagan. Reagan tenía la convicción de que “la ideología de un Estado es muy importante” (Mazarr, 2003), ya que “las democracias son más pacíficas, respetuosas con la ley, previsibles y amistosas que los estados no democráticos” (Mazarr, 2003), por lo que “un mundo de democracias estaría más cerca de ser un mundo sin guerra” (Mazarr, 2003). Bush comparte la visión de que “Estados Unidos tiene una misión divina en el mundo para propagar lo que Reagan llamó el fuego sagrado de la libertad humana” (Mazarr, 2003).

Por lo tanto, podemos observar cómo el movimiento neoconservador es un claro heredero de la tradición idealista de Woodrow Wilson (Schmidt y Williams, 2008). De hecho, algunos académicos como Mearsheimer (2005) defienden que la doctrina Bush es esencialmente una especie de “wilsonianismo con dientes”. Como Wilson, los neoconservadores establecen como prioridad la expansión de los ideales democráticos, pero disienten en la forma de lograr este objetivo. Los “dientes” se corresponden, argumenta Mearsheimer (2005), con la tendencia al unilateralismo y militarismo de la doctrina Bush, que se justifica desde la lógica de la unipolaridad y la misión democratizadora de Estados Unidos.

En este sentido, el académico Gideon Rose, editor principal entre 2010 y 2021 de la prestigiosa revista *Foreign Affairs*, argumenta que la doctrina Bush está basada en un claro moralismo en política exterior, que lo enmarca en la misma tradición idealista de su predecesor Bill Clinton. No obstante, mientras que Rose (2005) define a Clinton como un “idealista de izquierdas”, alineado con el internacionalismo liberal, a Bush lo define como un “idealista de derechas”, claramente influido por el neoconservadurismo.

3.3 El impacto de la doctrina Bush en Oriente Medio

Una vez hemos sentado las bases de la doctrina del presidente Bush en materia de política exterior y lo hemos enmarcado dentro del idealismo, podemos pasar a analizar cómo la aplicación de esta doctrina transformó la dinámica geopolítica de Oriente Medio. Su enfoque idealista y neoconservador llevó a la administración Bush a promover la expansión de la democracia como estrategia para garantizar la estabilidad regional, justificando intervenciones militares en Afganistán e Irak.

3.3.1 Afganistán: El inicio de la “guerra contra el terror”

La guerra en Afganistán fue el primer foco de la política exterior de George W. Bush en Oriente Medio y la primera gran intervención militar de su administración dentro de la llamada “guerra contra el terror”, por lo que también marcó el inicio de la aplicación de la doctrina Bush en Oriente Medio. Tras los atentados del 11 de septiembre de 2001, la Casa Blanca identificó al régimen talibán como un actor clave en la protección, entrenamiento y respaldo de Al-Qaeda, lo que llevó a la rápida decisión de lanzar una ofensiva militar para dismantelar su poder y erradicar la amenaza terrorista (Powaski,

2019). Cabe recalcar que, paradójicamente, Estados Unidos había jugado un papel crucial en el surgimiento tanto de los talibanes como de Al-Qaeda.

Durante la invasión soviética de Afganistán (1979-1989) en el marco de la Guerra Fría, Estados Unidos apoyó a grupos insurgentes para contrarrestar la influencia de la URSS. Entre dichos grupos se encontraban los muyahidines, o guerrilleros islámicos de la yihad (guerra santa). Los muyahidines estaban integrados en su mayoría por jóvenes fundamentalistas islámicos pertenecientes a las tribus pastunes de Afganistán, y fueron entrenados, armados y financiados por la CIA y los servicios de inteligencia pakistanés (Maizland, 2023). Tras el desastroso paso de la Unión Soviética por Afganistán, algunos excombatientes muyahidines crearon el movimiento talibán en 1990, buscando imponer su ideología en el país (Maizland, 2023). En 1996 ya controlaban casi todo el territorio y su líder, el Mulá Mohammed Omar, había declarado a Afganistán un emirato islámico (Maizland, 2023). Asimismo, en 1988, otro antiguo muyahidín, Osama bin Laden, creó la red terrorista Al-Qaeda con el objetivo de apoyar causas islamistas alrededor del mundo, y pronto hizo de Estados Unidos su objetivo principal (Clayton, 2024).

En un primer momento, la intervención estadounidense en Afganistán tenía sentido desde una lógica realista, ya que el terrorismo de Al-Qaeda era una clara amenaza contra la seguridad nacional estadounidense, y el régimen talibán su principal benefactor. De hecho, tras el 11-S surgió un debate interno en el seno del gabinete de Bush sobre si el enfoque principal debía dirigirse hacia Irak o Afganistán y, finalmente, la presión de asesores realistas como Colin Powell y Condoleezza Rice llevó a la administración a priorizar la intervención en Afganistán, donde la relación de los talibanes con Al-Qaeda era mucho más clara y notable que en el caso del régimen de Saddam Hussein en Irak (Powaski, 2019).

El 20 de septiembre, Bush emitió un ultimátum al régimen talibán exigiendo la entrega de los miembros de Al-Qaeda y el cierre de sus campos de entrenamiento, condiciones que fueron rechazadas. En consecuencia, el 7 de octubre de 2001, Estados Unidos lanzó una ofensiva militar con el apoyo de la OTAN bajo el derecho a la legítima defensa en virtud del Artículo 51 de la Carta de la ONU, logrando en cuestión de semanas la caída del régimen talibán y la huida de Bin Laden a Pakistán (Powaski, 2019). Inicialmente, la operación fue considerada un éxito y, tras el derrocamiento de los talibanes, se instaló un gobierno provisional liderado por Hamid Karzai, que luego fue ratificado democráticamente (Mearsheimer, 2018).

Desde una perspectiva realista, en este punto la operación en Afganistán también podía considerarse un éxito. Con la destrucción de las bases de Al-Qaeda en Afganistán y la eliminación de su principal patrocinador estatal se cumplía el objetivo central de neutralizar una amenaza inmediata para la seguridad nacional estadounidense (Mearsheimer, 2018). Si Bush hubiera seguido la lógica realista en este momento, probablemente se hubiera centrado en consolidar la victoria asegurando únicamente que Afganistán no volviera a convertirse en un refugio para el terrorismo, sin embarcarse en misiones de construcción política o democratización a largo plazo.

No obstante, el sector neoconservador de la administración impulsó un esfuerzo de construcción nacional en Afganistán, y Bush anunció el envío de 320 millones de dólares en ayuda para el pueblo afgano (Smith, 2021) como el primer paso para construir un estado democrático en el país. En este sentido, los neoconservadores interpretaron la caída del régimen talibán como el inicio de un proceso más amplio de transformación política en Oriente Medio (Mearsheimer, 2018), inspirados en la creencia de que Estados Unidos tenía la misión de propagar la democracia y la libertad.

Bush y los neoconservadores creían que el éxito en Afganistán podía replicarse en otros regímenes autoritarios de la región, particularmente en Irak (Powaski, 2019). Sin embargo, mientras que la invasión de Afganistán había respondido a una amenaza clara y directa, la invasión de Irak se basó en supuestos menos tangibles, como la presunta posesión de armas de destrucción masiva. Si bien dedicaremos una sección a Irak, es necesario entender este contexto, pues mientras la administración Bush centraba su atención en Irak, la situación en Afganistán comenzó a deteriorarse.

Con el resurgimiento de los talibanes y el aumento de la insurgencia, el país entró en un estado de conflicto prolongado que puso en jaque al gobierno de Hamid Karzai. Para evitar que los talibanes recuperaran el control, Estados Unidos se vio obligado a redirigir un número significativo de tropas a Afganistán, viéndose envuelto así en dos guerras simultáneas que desgastaron sus recursos militares, económicos y estratégicos (Mearsheimer, 2018). Hacia finales del primer mandato de Bush, la situación en Afganistán ya mostraba signos claros de deterioro.

La construcción de un estado democrático y estable resultó ser un desafío mucho mayor de lo que los neoconservadores habían anticipado, ya que “el gobierno de Karzai resultó ser bastante incompetente y corrupto, y nunca llegó a tener un control sólido del territorio fuera de la capital Kabul” (Mearsheimer, 2018). Por otra parte, mientras que Estados Unidos enfocaba la mayor parte de su aparato militar en derrocar a Saddam

Hussein, los talibanes aprovecharon la oportunidad para reorganizarse, reclutar nuevos combatientes y lanzar ofensivas cada vez más sofisticadas contra las fuerzas estadounidenses y afganas.

Para el año 2006, la insurgencia talibán tenía ya la capacidad de llevar a cabo ataques contra ciudades afganas (Powaski, 2019), el gobierno democrático de Karzai perdía legitimidad y el control efectivo del territorio por parte de Estados Unidos y sus aliados se reducía cada vez más. En este momento, y a pesar de que había más tropas estadounidenses que nunca antes desplegadas, la guerra de Afganistán era un conflicto que se había prolongado durante demasiado tiempo y no tenía una salida clara (Powaski, 2019). Además, la estrategia de construcción nacional había fracasado en su empeño por establecer un gobierno efectivo y confiable, cuestionando seriamente la efectividad de la doctrina Bush en Oriente Medio.

Por lo tanto, la política exterior de Bush en Afganistán no solo falló en promover el interés nacional de Estados Unidos en la región al no poder eliminar la amenaza de los talibanes y el terrorismo, sino que también falló en su misión de proteger los derechos humanos y propagar la democracia liberal en el país (Mearsheimer, 2018). Irónicamente, la política neoconservadora e idealista de Bush jugó un papel fundamental en la propagación de la muerte, el caos y la inestabilidad en Oriente Medio. La Guerra de Afganistán, a lo largo de sus casi 20 años de duración, se llevó por delante a más de 240 mil personas y tuvo un coste para Estados Unidos de aproximadamente 2,26 trillones (americanos) de dólares (Watson Institute for International and Public Affairs, 2021).

Para autores de la escuela realista como Mearsheimer (2018), la guerra en Afganistán deja en evidencia los límites de la política exterior idealista perseguida por Bush. La doctrina Bush había partido de un diagnóstico erróneo sobre la capacidad de Estados Unidos para transformar Afganistán en una democracia funcional. Mearsheimer (2018) defiende que, si bien las intervenciones militares pueden destruir regímenes hostiles, no garantizan la construcción de instituciones democráticas estables y los casos de éxito son más bien la excepción.

3.3.2 Irak: El experimento fallido de la doctrina Bush

La guerra de Irak fue la segunda gran intervención militar de la administración Bush en el marco de la “guerra contra el terror” y representó la aplicación más ambiciosa de la doctrina Bush. A diferencia de Afganistán, donde la justificación inicial estaba directamente relacionada con los atentados del 11 de septiembre y los intereses nacionales

de Estados Unidos por la presencia de Al-Qaeda en el país, la invasión de Irak solo puede entenderse desde la visión idealista y neoconservadora de George W. Bush (Smith, 2021).

La preocupación de Bush con Irak y su animadversión hacia el régimen de Saddam Hussein son incluso anteriores a su presidencia. Fruto de su forma idealista de ver el mundo, Bush consideraba que el gran error de su padre en materia de política exterior fue no haber invadido Irak y derrocado a Saddam Hussein en favor de un régimen democrático cuando este tuvo la oportunidad durante la Primera Guerra del Golfo (Powaski, 2019). Por tanto, inmediatamente después de los atentados del 11 de septiembre de 2001, el gobierno estadounidense pasó a considerar a Irak como uno de los llamados “estados canalla”, (Mearsheimer, 2018) y en diciembre de 2001 el presidente ya había ordenado al general Tommy Franks preparar un plan operativo para invadir Irak (Powaski, 2019).

No obstante, para justificar y dotar de legitimidad la intervención frente al pueblo estadounidense y la comunidad internacional, el presidente Bush realizó una operativa de marketing político (Shrader, 2022). Por un lado, la guerra se planteaba como una cuestión de seguridad nacional aludiendo a la supuesta posesión de armas de destrucción masiva por parte de Saddam Hussein, que este podría entregar a los terroristas (Smith, 2021).

Por otro lado, la intervención se presentaba como un imperativo moral, bajo la premisa idealista de que Estados Unidos tenía la responsabilidad de liberar al pueblo iraquí del autoritarismo y permitirle construir una nación basada en los principios de libertad y derechos humanos (Smith, 2021). Pero la realidad era que no existían pruebas concluyentes sobre la posesión de armas de destrucción masiva ni vínculos entre el régimen de Hussein y Al-Qaeda (Powaski, 2019), lo que induce a pensar que la principal motivación de Bush era la de replicar el éxito inicial de la intervención en Afganistán y avanzar en su empeño moral por transformar Oriente Medio en un paraíso democrático.

Al mismo tiempo, un grupo de 33 académicos de las más prestigiosas universidades americanas centrados en el campo de las Relaciones Internacionales y en su mayoría realistas, publicaron una declaración titulada “War with Iraq is Not in America's National Interest” (Mearsheimer et al., 2002) en el *New York Times*, argumentando en contra de la invasión de Irak. A su vez, en enero de 2003, los académicos John J. Mearsheimer y Stephen M. Walt (2003) publicaron un artículo en *Foreign Policy* titulado “An Unnecessary War”, en el que argumentaban que la política de contención con Irak había sido efectiva desde la Primera Guerra del Golfo de 1991 y recomendaban continuar con esta estrategia.

Estos expertos sostenían que, si bien Saddam Hussein era un dictador brutal, no representaba una amenaza inmediata para la seguridad de Estados Unidos que justificara una guerra preventiva. Destacaban que Irak no tenía vínculos comprobados con Al-Qaeda y que una invasión podría desestabilizar aún más la región y aumentar el sentimiento antiestadounidense. Para ellos, incluso si Saddam Hussein estuviera en posesión de armas de destrucción masiva, no las proveería a grupos terroristas para ser usadas contra Estados Unidos, por el miedo a la represalia que este país podía ejercer sobre Irak al contar con armas nucleares mucho más poderosas.

En septiembre de 2002 Bush acudió ante la ONU para presentar su caso contra Irak. A los pocos días, el gobierno iraquí anunció que permitiría la entrada de inspectores internacionales sin condiciones, lo que algunos interpretaron como un triunfo diplomático de la administración Bush (Powaski, 2019). No obstante, en diciembre de 2002, las tropas estadounidenses y británicas se desplegaban en las inmediaciones de Irak (Powaski, 2019). Finalmente, a pesar de que los inspectores no encontraron las armas de destrucción masiva tras meses de trabajo, Bush tomó la decisión de invadir Irak de forma unilateral, sin la autorización del Consejo de Seguridad (Powaski, 2019) y desoyendo las advertencias del ala realista de su gobierno, especialmente de Colin Powell, quien le advirtió que estaba a punto de “abrir la caja de Pandora” (Powaski, 2019). Según la lógica neoconservadora, esto era legítimo, ya que la democratización de Irak era un imperativo moral de Estados Unidos como potencia hegemónica (Mearsheimer, 2018).

De tal manera, el 19 de marzo de 2003, Bush ordenó el inicio de la “Operación Libertad Iraquí”, y al día siguiente, el Congreso estadounidense ratificó la decisión con una abrumadora mayoría de 392 votos a favor y 11 en contra en la Cámara de Representantes, mientras que el Senado votó 99 a 0 (Powaski, 2019). Militarmente hablando, la invasión fue un éxito inmediato. En solo tres semanas, las fuerzas de la coalición destruyeron la resistencia iraquí fuera de Bagdad, y el 9 de abril, la capital cayó ante las tropas estadounidenses. Saddam Hussein logró escapar, pero sería capturado en diciembre de 2003 y posteriormente juzgado y ejecutado por el nuevo gobierno iraquí en diciembre de 2006 (Powaski, 2019). El 1 de mayo de 2003, Bush pronunció su famoso discurso “Misión Cumplida” a bordo del portaaviones *Abraham Lincoln*, declarando el fin de las principales operaciones de combate (Powaski, 2019).

No obstante, y como ocurrió también en Afganistán, tras la aparente victoria inicial, la reconstrucción nacional democrática se convirtió en un desafío mucho más complicado de lo previsto. Por una parte, con la caída del régimen y fruto de las

consecuencias de la guerra, la infraestructura del país quedó gravemente dañada, los servicios básicos colapsaron y la inseguridad aumentó (Powaski, 2019). Por otra, la disolución del ejército y gobierno iraquí dejó un vacío de poder que facilitó el auge de grupos insurgentes (Smith, 2021) y dio alas a la expansión de Al-Qaeda, que pasó a tener control sobre ciertos territorios de Irak (Powaski, 2019). Este fenómeno pronto se transformó en una guerra sectaria entre chiíes y suníes, con numerosos enfrentamientos violentos y ataques contra tropas estadounidenses y civiles (Powaski, 2019).

La inestabilidad en Irak se vio exacerbada por la incapacidad de Estados Unidos para establecer un gobierno democrático funcional (Smith, 2021). En 2006, la situación en Irak era insostenible, con más de 100 mil iraquíes muertos, un gobierno debilitado y un creciente rechazo a la ocupación estadounidense por parte de la población (Powaski, 2019). Fruto de esta situación, la administración Bush sufrió un duro revés en las elecciones legislativas de mitad de mandato en 2006, perdiendo el control de ambas cámaras del congreso ante los demócratas (Powaski, 2019).

Reflexionando sobre los efectos de la política de Bush hacia Irak, podemos comprobar que lejos de cumplir con sus objetivos de consolidar un régimen democrático y estable, la intervención dejó un país fragmentado, con una guerra civil latente que estallaría en 2013 y con un gran legado de desconfianza hacia la política exterior de Estados Unidos en la región (Smith, 2021). Tampoco debemos olvidar los elevados costes humanos y monetarios que la guerra de Irak trajo para Estados Unidos. En el año 2011, dos años después de la salida de Bush de la Casa Blanca, se estimó que en Irak habían muerto ya alrededor de 4.700 soldados estadounidenses y que la guerra había costado hasta ese momento a EE. UU. más de 2 trillones (americanos) de dólares, disparando la deuda nacional (Powaski, 2019).

Asimismo, el conflicto afectó las relaciones de Washington con varios de sus aliados europeos, muchos de los cuales se opusieron a la invasión y criticaron su falta de legitimidad internacional (Smith, 2021). El hecho de que no se encontraran las supuestas armas de destrucción masiva, que habían servido como una de las principales justificaciones de la invasión, erosionó especialmente la credibilidad de Estados Unidos a nivel internacional (Mearsheimer, 2018).

En términos geopolíticos, la guerra tuvo consecuencias imprevistas que debilitaron la posición y los intereses de Estados Unidos en Oriente Medio. Uno de los efectos más significativos fue el fortalecimiento de Irán, enemigo histórico de Estados Unidos y principal amenaza contra Israel en la región. La eliminación del régimen de

Saddam Hussein, de naturaleza sunní y que históricamente había sido un contrapeso a Irán, de naturaleza chií, dejó un vacío de poder en Irak que permitió que Teherán aumentara su influencia en el país y en otras partes de la región, perjudicando los intereses estratégicos de Washington (Mearsheimer, 2018).

A su vez, lejos de erradicar el terrorismo, la guerra de Irak se convirtió en un catalizador para su expansión, proporcionando terreno fértil para la proliferación de milicias sectarias y, más adelante, para la consolidación del Estado Islámico (Mearsheimer, 2018). Por lo tanto, la invasión de Irak no solo no logró sus objetivos, sino que tuvo un impacto desestabilizador en toda la región. Por estos motivos, la actuación de Bush en Irak puede ser considerada como uno de los mayores errores en la historia de la política exterior estadounidense y sirve como un claro ejemplo de los límites de una política exterior basada en un excesivo idealismo.

4. ANÁLISIS DE LA PRIMERA PRESIDENCIA DE DONALD J. TRUMP (2017-2021)

Donald John Trump nació el 14 de junio de 1946 en Queens, Nueva York, en el seno de una familia de empresarios inmobiliarios (Powaski, 2019). Su padre, Fred Trump, un hombre exigente y competitivo, influyó profundamente en su carácter. Trump aprendió desde joven que la vida era una lucha constante entre ganadores y perdedores, desarrollando una personalidad ambiciosa, dominante e impulsiva, que le definirá a lo largo de su vida como empresario y político (Powaski, 2019). Desde joven estuvo muy involucrado en el negocio familiar, el cual empezó a dirigir en 1971, transformándolo en uno de los imperios inmobiliarios más conocidos del país (Powaski, 2019). Trump pronto se convirtió en una gran figura mediática debido a su personalidad extravagante, éxito empresarial y popularidad mediática.

Sin experiencia política previa, Donald Trump y su eslogan “Make America Great Again” irrumpieron como un ciclón en la política estadounidense en las elecciones de 2016. Con un estilo populista y nacionalista, ganó la nominación para ser el candidato del Partido Republicano. Su mensaje crítico con el “establishment” político y su rechazo frontal al globalismo conectaron profundamente con sectores amplios de votantes que se sentían abandonados por la clase política tradicional. Contra todo pronóstico, consiguió vencer a la demócrata Hillary Clinton y se convirtió en presidente número 45 de los Estados Unidos el 20 de enero de 2017 (Powaski, 2019).

4.1 Dialéctica, retórica e ideología en la política exterior de Trump

El análisis de la retórica y la dialéctica de Donald Trump muestra una visión del mundo profundamente alineada con los postulados del realismo. Como señalan Löfflmann (2020) y Mearsheimer (2018), Trump inició un profundo cambio de paradigma en la política exterior estadounidense, desafiando casi todos los elementos de la gran estrategia idealista que había predominado durante las presidencias de Bill Clinton, George W. Bush y, aunque en menor medida, Barack Obama.

A lo largo de toda la campaña electoral de 2016, Trump articuló con contundencia su visión realista. En un discurso pronunciado en septiembre de ese año en la *Union League of Philadelphia*, afirmó sin ambigüedades: “En una administración Trump, nuestras acciones [...] serán guiadas por el realismo” (Trump, 2016a). Esta autodefinición como realista fue acompañada por una crítica frontal a las políticas idealistas de

promoción de la democracia defendidas por sus predecesores, tanto demócratas como republicanos, declarando que “la estrategia actual de derrocar regímenes, sin ningún plan sobre qué hacer el día después, sólo produce vacíos de poder que son llenados por terroristas” (Trump, 2016a).

Meses antes, en abril de 2016, durante la etapa decisiva de las primarias republicanas, Trump pronunció otro discurso en el *Center for the National Interest*, un think tank asociado al realismo, donde afirmó que su “política exterior siempre pondría los intereses del pueblo y la seguridad estadounidense por encima de todo” (Trump, 2016b). En el mismo discurso, rechazó de manera explícita la lógica idealista que había guiado la política exterior estadounidense tras el final de la Guerra Fría: “Pasamos de los errores en Irak a los de Egipto y Libia. Todo comenzó con la peligrosa idea de que podíamos convertir en democracias occidentales a países que no tenían experiencia ni interés en hacerlo” (Trump, 2016b).

Su retórica, que fusionaba elementos del realismo con un nacionalismo económico y geopolítico, fue bien recibida por los influyentes académicos realistas John Mearsheimer y Stephen Walt. En un artículo publicado en *Foreign Affairs* durante el verano previo a las elecciones, estos autores destacaron que Trump había sabido conectar con amplios sectores del electorado al cuestionar el intervencionismo idealista y el coste asociado a este (Walt y Mearsheimer, 2016).

La retórica realista de Donald Trump durante su campaña electoral mantuvo una gran coherencia con la configuración de su administración. El equipo de política exterior de Trump adoptó abiertamente una estrategia basada en el realismo. En primer lugar, Trump designó como secretario de Defensa al general retirado James Mattis, quien ocupó el cargo entre 2017 y 2019. Mattis defendía el postulado realista de que el orden internacional debe basarse en un equilibrio de poder entre grandes potencias. En enero de 2018, en la presentación de la nueva Estrategia de Seguridad Nacional de EE. UU., afirmó de forma categórica que “la competencia entre grandes potencias es nuevamente una realidad” y que “esta, y no el terrorismo, es ahora el enfoque primordial de la estrategia de seguridad nacional de Estados Unidos” (Mattis, 2018).

Asimismo, Trump nombró como secretario de Estado a Rex Tillerson, antiguo consejero delegado de ExxonMobil. Como Trump, Tillerson era una figura ajena a la diplomacia profesional, pero con una visión de esta profundamente alineada con el realismo. Durante sus audiencias de confirmación ante el Senado, Tillerson abogó por “una posición realista y un retorno a la filosofía posterior a la Segunda Guerra Mundial”

(Wald, 2017), rechazando explícitamente las intervenciones idealistas. De hecho, Tillerson reconoció abiertamente que era “realista sobre cómo tratar con culturas con siglos de historia”, en referencia a las políticas que Estados Unidos debía proyectar hacia Arabia Saudí y otros aliados autoritarios (Wald, 2017).

Sin embargo, Tillerson fue reemplazado apenas un año después por Mike Pompeo, quien también era un fiel defensor del realismo y uno de los principales arquitectos de la doctrina del “realismo con principios”, nombre que la propia administración Trump puso a su enfoque de política exterior. En diversos discursos, Pompeo articuló con claridad esta orientación estratégica, declarando que “la política exterior debe basarse en el realismo y mirar los problemas tal como son, no como deseamos que sean” (Pompeo, 2019). Pompeo (2019) también subrayó que uno de los principios fundamentales del realismo de la administración Trump era el de restricción (*restraint*), al reconocer que, aunque Estados Unidos es “una nación excepcional”, su poder no es ilimitado y “a veces debemos tomar decisiones difíciles”. De este modo, rechazaba las intervenciones costosas motivadas por objetivos morales abstractos, una crítica habitual al idealismo liberal.

La línea realista fue reforzada por otros asesores clave del departamento de Estado, como Brian Hook. Hook (2017) defendió abiertamente que “la diplomacia estadounidense con otros países debía centrarse principalmente en su comportamiento exterior, más que en sus prácticas internas”, especialmente en lo que respecta a aliados estratégicos como Egipto, Arabia Saudí o Filipinas. Según Hook (2017), el énfasis debía ponerse en las prioridades compartidas, como la lucha contra el terrorismo, incluso si eso implicaba hacer la vista gorda en materia de derechos humanos.

Durante su presidencia, Donald Trump consolidó la retórica realista que había caracterizado su campaña. En su discurso inaugural del 20 de enero de 2017, Trump articuló de forma explícita una crítica a la política exterior estadounidense de las últimas décadas, acusándola de sacrificar los intereses nacionales en favor de objetivos difusos y ajenos: “Durante muchas décadas, hemos enriquecido industrias extranjeras [...] subsidiado ejércitos de otros países [...] defendido las fronteras de otras naciones [...] y gastado trillones de dólares en el extranjero. A partir de este momento, será Estados Unidos primero” (Trump, 2017a). En este sentido, la fórmula *America First* sintetiza muy claramente el núcleo del realismo, que es la supremacía del interés nacional.

Este discurso también contiene un rechazo frontal al idealismo. Trump declara que “no buscamos imponer nuestro modo de vida a nadie”, una afirmación que evidencia su convicción de que los valores occidentales como la libertad, la democracia o los

derechos humanos no son necesariamente exportables ni deben serlo (Trump, 2017a). En consecuencia, también reafirma el derecho de cada Estado a actuar según su propio interés nacional: “Buscaremos amistad y buena voluntad con las naciones del mundo, pero lo haremos entendiendo que es el derecho de todas las naciones anteponer sus propios intereses” (Trump, 2017a).

En su declaración ante la Asamblea General de las Naciones Unidas en 2018, Trump reiteró su visión del sistema internacional como un espacio de competencia entre Estados soberanos, donde la seguridad y la acumulación de poder siguen siendo los pilares del orden mundial (Trump, 2018). Al mismo tiempo, insistió en el respeto a la soberanía y la no imposición de valores, declarando que “Estados Unidos no le dirá a nadie cómo vivir, trabajar o rezar” y afirmó categóricamente que “Estados Unidos siempre actuará en defensa de su interés nacional” (Trump, 2018).

Otro ejemplo de la retórica realista de Trump se puede encontrar en su discurso sobre el Estado de la Unión ante el congreso en 2019, donde el presidente volvió a recalcar la primacía del interés nacional como criterio absoluto: “Perseguimos una política exterior que antepone los intereses de Estados Unidos. Bajo mi administración, nunca pediremos disculpas por defender los intereses de nuestro país” (Trump, 2019).

En este sentido, académicos como Schweller (2018) señalan que “la cosmovisión de Trump es fundamentalmente realista”. Su marco mental parte de la premisa de que el mundo está compuesto por Estados que compiten entre sí por poder, seguridad e influencia, y que las aspiraciones idealistas como la promoción de la democracia o los derechos humanos, son ilusorias y contraproducentes. Para Trump, como para los teóricos realistas, la política exterior no debe fundarse en ideales abstractos, sino en un cálculo racional de costes y beneficios. En resumen, los discursos oficiales de Donald Trump muestran claramente un alejamiento del consenso idealista que caracterizó la política exterior estadounidense durante las décadas anteriores.

4.2 La Estrategia de Seguridad Nacional de 2017

El realismo de Trump quedó plasmado claramente en el documento *National Security Strategy of the United States of America* (NSS), publicado en diciembre de 2017. Este texto articula los pilares fundamentales que guiarían la acción internacional de su administración. En primer lugar, la NSS establece de forma inequívoca que el interés nacional es el criterio supremo que regirá la política exterior de Estados Unidos. El

presidente expone que su política “priorizará los intereses de nuestros ciudadanos y protegerá nuestros derechos soberanos como nación” (Trump, 2017b). Esta afirmación de priorizar por encima de todo la promoción del interés nacional aparece reiterada hasta en 67 ocasiones a lo largo del documento.

Asimismo, la NSS también evidencia el rechazo explícito de Trump a cualquier agenda idealista, afirmando que “somos realistas y entendemos que el modo de vida estadounidense no puede ser impuesto a otros, ni es la culminación inevitable del progreso” (Trump, 2017b). Esta afirmación representa un rechazo explícito del idealismo liberal y su concepción direccional de la historia (Krauthammer, 2016).

La NSS también articula una visión profundamente realista del orden internacional, al entenderlo como un sistema competitivo basado en el equilibrio de poder. Así, uno de sus principios centrales es “promover un balance de poder que favorezca a Estados Unidos” (Trump, 2017b). Esta afirmación remite directamente a los postulados de Morgenthau y Waltz, quienes conciben el sistema internacional como una arena anárquica en la que los Estados, racionales y egoístas, compiten por aumentar su seguridad e influencia.

Dentro de este marco, la NSS identifica a China y Rusia como los principales desafíos estratégicos, señalando que ambas potencias “desafían el poder, la influencia y los intereses de Estados Unidos, intentando socavar nuestra seguridad y prosperidad” (Trump, 2017b). Esta lógica se alinea perfectamente con la concepción realista del poder como un juego de suma cero (Mearsheimer, 2001), en el que el aumento de poder de una potencia necesariamente implica la pérdida relativa de otra. De hecho, la NSS sostiene que “China busca desplazar a Estados Unidos en la región Indo-Pacífica [...] y reordenar la región a su favor” (Trump, 2017b), lo que confirma una comprensión de las relaciones internacionales basada en esta lógica de ganancias relativas y suma cero.

En este sentido, la posición expresada por la administración Trump sobre China encuentra un parecido casi exacto con la propuesta realista formulada por Walt y Mearsheimer (2016) en *Foreign Affairs*, donde argumentan que “a medida que China continúa su ascenso, es probable que busque la hegemonía en Asia. Estados Unidos debe emprender un gran esfuerzo para impedir que lo logre”.

La NSS de Trump también sostiene que la acumulación de poder militar es una garantía de seguridad y el equilibrio. Uno de los principios vertebradores del documento es el de “preservar la paz a través de la fuerza, reconstruyendo nuestras fuerzas armadas para que sigan siendo preeminentes, disuadan a nuestros adversarios y, si es necesario,

puedan luchar y vencer” (Trump, 2017b). Esto se enmarca en la tradición del realismo defensivo, que, como establecimos en el capítulo dos, sostiene que la estabilidad internacional depende de la existencia de un equilibrio de poder basado en la acumulación de capacidades disuasorias. De ahí que la NSS proponga reforzar sistemas de defensa como el escudo antimisiles: “Un sistema de defensa antimisiles en capas defenderá nuestra patria contra los ataques de otras potencias” (Trump, 2017b).

La referencia a las armas nucleares refuerza esta lógica. La NSS sostiene que “las armas nucleares han cumplido un propósito vital en la estrategia de seguridad nacional de Estados Unidos durante los últimos 70 años”, y las define como “la base de nuestra estrategia para preservar la paz y la estabilidad disuadiendo la agresión” (Trump, 2017b). Esta visión alude directamente a las tesis realistas de Kenneth Waltz y John Mearsheimer, quienes han defendido que las armas nucleares, pese a su potencial destructivo, son el instrumento disuasorio más eficaz en un entorno internacional anárquico. En palabras del propio Mearsheimer (2018), “la probabilidad de que un Estado con armas nucleares las use es muy baja, porque las consecuencias serían horribles [...] lo que las convierte en el elemento disuasivo definitivo”.

Asimismo, la NSS evidencia que, para Trump, la seguridad nacional no puede dissociarse del poder económico, otro elemento central en la tradición realista. Como señaló Kenneth Waltz (1993), “la competencia económica es a menudo tan intensa como la militar”, y los Estados compiten no solo por sobrevivir, sino también por maximizar su poder relativo a través de la supremacía tecnológica, comercial e industrial. A lo largo del documento, Trump afirma que una de sus prioridades será “promover la prosperidad estadounidense [...] y revitalizar nuestra economía en beneficio de los trabajadores y las empresas de Estados Unidos” (Trump, 2017b).

Sin embargo, denuncia que esta prosperidad ha sido socavada por prácticas económicas desleales promovidas por otros Estados: “Otros países han explotado las instituciones internacionales que ayudamos a construir. Han subsidiado sus industrias, forzado transferencias de tecnología y distorsionado los mercados” (Trump, 2017b). También acusa a otros gobiernos de utilizar dumping, barreras no arancelarias y subvenciones estatales para ganar ventajas estratégicas, todo lo cual, según Trump, ha mermado la seguridad económica de Estados Unidos.

Por lo tanto, Trump tampoco entiende el comercio internacional como un juego de suma positiva en el que todas las partes ganan, como defienden los idealistas, sino como un juego de suma cero, con ganadores y perdedores, donde existe una lucha

por ganancias relativas, tal y como sostiene el realismo (Mearsheimer, 2001). En consecuencia, en su NSS, Trump propone usar todas las herramientas disponibles, desde el diálogo hasta la imposición de sanciones y aranceles, para contrarrestar las prácticas desleales: “Estados Unidos contrarrestará todas las prácticas comerciales injustas utilizando todos los medios apropiados” (Trump, 2017b).

Otro rasgo fundamental de la NSS de Donald Trump, también claramente alineado con el realismo, es el escepticismo hacia las instituciones multilaterales, que para Trump son concebidas como herramientas y no como fines en sí mismas. En este sentido, Trump se distancia de la tradición idealista y afirma que “Estados Unidos debe liderar y participar en los arreglos multilaterales que configuran muchas de las reglas que afectan nuestros intereses y valores [...] pero al hacerlo, debemos proteger nuestra soberanía y promover nuestros intereses” (Trump, 2017b). Trump entiende que la participación de EE. UU. en instituciones internacionales no debe responder a una lógica de cooperación altruista ni de gobernanza global, sino que está condicionada por su utilidad para alcanzar objetivos estratégicos, lo que se alinea perfectamente con la concepción realista de los organismos multilaterales.

La misma lógica se extiende a la percepción de Trump sobre la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), institución clave del orden liberal internacional desde 1949. La NSS afirma que “la alianza será más fuerte cuando todos sus miembros asuman mayor responsabilidad y paguen su parte justa para proteger nuestros intereses mutuos” (Trump, 2017b). Esto refleja cómo Trump considera que Estados Unidos ha asumido durante décadas una carga desproporcionada en la defensa colectiva de Europa, sin que ello se haya traducido en beneficios estratégicos proporcionales.

Esta crítica ha sido compartida por destacados académicos realistas. Walt y Mearsheimer (2016) argumentan que “no hay una buena razón para mantener fuerzas estadounidenses en Europa, ya que ningún país tiene la capacidad de dominar esa región”, y recuerdan que, históricamente, “todas las grandes coaliciones militares han desaparecido una vez derrotado el enemigo común”, que en el caso de la OTAN era la Unión Soviética. En este sentido, Schweller (2023) sostiene que Trump, al cuestionar la utilidad de la OTAN, “opera según el principio de la realpolitik formulado por Kissinger de que Estados Unidos no tiene amigos o enemigos permanentes, solo intereses”.

En definitiva, la *National Security Strategy* de 2017 representa la codificación de la visión realista del mundo que Trump había defendido desde su campaña presidencial. Se trata de una ruptura con el consenso idealista que había dominado la política exterior

de Estados Unidos desde el fin de la Guerra Fría. Esta doctrina no solo orientó la retórica de su administración, sino que sirvió de base para la formulación y ejecución de su política exterior en regiones clave, especialmente en Oriente Medio, que será objeto de análisis en el siguiente apartado.

4.3 Donald Trump y Oriente Medio

La política exterior de Donald Trump hacia Oriente Medio se articuló en torno a objetivos eminentemente realistas, centrados en la defensa del interés nacional. No obstante, debido a su pasado como empresario, Trump concebía estos intereses principalmente en términos económicos (Nawaz et al., 2024). Por lo tanto, se centró en salvaguardar el suministro de petróleo y la seguridad de las rutas comerciales marítimas en el Golfo Pérsico y el Mar Rojo (Alkumeet et al., 2020). En este sentido, Trump creía, al igual que autores realistas como Walt y Mearsheimer (2016), que ningún país de Oriente Medio representa por sí solo una amenaza existencial o directa a la seguridad territorial de Estados Unidos.

No obstante, para Trump, Irán suponía el principal factor de inestabilidad regional y la amenaza más significativa hacia los intereses económicos de Estados Unidos. En su *National Security Strategy*, Trump (2017b) advierte de que “Irán apoya a grupos terroristas y llama abiertamente a nuestra destrucción”. Además, para la administración Trump, la posible adquisición de armas nucleares por parte de Teherán sí que constituía un desafío potencial directo a la seguridad estadounidense (Nawaz et al., 2024). Por tanto, casi todas las políticas regionales impulsadas por Trump buscaron reconfigurar los equilibrios de poder en Oriente Medio de forma favorable a los intereses de Washington (Khalilzad, 2018), minimizando el poder relativo de Irán y negándole todas las vías hacia el desarrollo de un arma nuclear.

Debido a su pensamiento realista y a su concepción del poder como un juego de suma cero, Trump impulsó una política de alianzas cuyo objetivo central era debilitar a Irán y fortalecer a dos socios clave: Arabia Saudí e Israel (Trump, 2017b). Por un lado, Arabia Saudí constituye el principal contrapeso árabe de Irán, fruto de la rivalidad suní (Arabia)-chií (Irán), además de ser un actor fundamental para los intereses energéticos de Estados Unidos por sus vastas reservas de petróleo (Nawaz et al., 2024). Por otro lado, Israel ha sido el aliado más cercano de Estados Unidos en la región desde su creación en 1948 y tiene una gran influencia en la política doméstica y el electorado estadounidense.

Israel también ha mantenido una rivalidad histórica con Irán, patrocinador principal de actores no estatales hostiles a Israel como Hamás en Gaza, Hezbolá en el Líbano y los hutíes en Yemen (Taspinar, 2024).

4.3.1 Estrategia de “máxima presión” contra Irán

La piedra angular de la política exterior de Donald Trump hacia Oriente Medio fue el intento de debilitar el poder regional de Irán. Debido a su enfoque claramente realista, Trump nunca persiguió un cambio de régimen en Teherán, tal y como señaló McGurk (2019). De tal manera, su objetivo principal fue reducir la influencia regional del régimen iraní y evitar a toda costa su acceso a armas nucleares.

En consecuencia, el 8 de mayo de 2018, Trump anunció la retirada de Estados Unidos del *Joint Comprehensive Plan of Action* (JCPOA), el acuerdo nuclear con Irán alcanzado en 2015 bajo la administración Obama (Powaski, 2019). Trump describió este acuerdo como “el peor de la historia” (Preble, 2018), pues contenía una cláusula de expiración que dejaba abierta la posibilidad de que Irán pudiera acceder directamente a armas nucleares en 2030. Además, no abordaba ni el programa de misiles balísticos iraní ni su apoyo a grupos armados en la región, lo que a juicio del presidente suponía una amenaza directa para los intereses y aliados de Estados Unidos (Powaski, 2019).

Sin embargo, autores realistas como Walt y Mearsheimer (2016) habían advertido que, aunque imperfecto, el JCPOA era una base razonable para estabilizar las relaciones con Irán y reducir el riesgo de proliferación nuclear. Desde su punto de vista, romper el acuerdo podría incrementar la inseguridad del régimen iraní y, por tanto, reforzar su incentivo para acelerar el desarrollo de armas nucleares. A pesar de ello, Trump optó por aplicar una política de “máxima presión” y apostó por imponer sanciones económicas sin precedentes, convencido de que podría renegociar un nuevo acuerdo desde una posición de fuerza (Powaski, 2019).

En consecuencia, el mismo día de la retirada del acuerdo nuclear, Trump firmó un memorando presidencial que restablecía las “sanciones económicas más severas posibles contra Irán” (Powaski, 2019), esperando que la presión obligara al régimen a volver a la mesa de negociación en términos más favorables para Washington. Trump creía firmemente que podría lograr un acuerdo mejor que el alcanzado por Obama, fruto de su gran confianza en sus propias capacidades de negociación (Freedman, 2023; Alkumeet et al., 2020). Tras la imposición de las sanciones, el secretario de Estado Mike Pompeo presentó a Irán una lista de doce condiciones que podrían revertirlas. Estas incluían, entre

otras, términos más estrictos que los establecidos en el JCPOA sobre el enriquecimiento de uranio, el fin del apoyo iraní a organizaciones como Hezbollah, Hamás o los hutíes, y la retirada de tropas iraníes de Siria (Pompeo, 2018).

Sin embargo, la estrategia de Trump fracasó en su objetivo central (Gause, 2023), ya que no logró devolver a Irán a la mesa de negociación. Es más, Irán intensificó su actividad militar y sus esfuerzos nucleares, saltándose todos los protocolos establecidos por el JCPOA. De esta manera, cuando Trump dejó la presidencia, “Irán estaba más cerca de desarrollar un arma nuclear que cuando asumió el cargo” (Gause, 2023). Asimismo, en los meses posteriores a la retirada de EE.UU. del acuerdo nuclear, Irán llevó a cabo diversos ataques contra buques en el estrecho de Ormuz, y en septiembre de 2019 lanzó misiles contra refinerías saudíes (Gause, 2023).

No obstante, la política de Trump sí logró reducir la capacidad económica de Irán, al menos en el corto plazo. Tras la reimposición de sanciones, el país experimentó una profunda recesión. Según datos del FMI, el PIB cayó un 4,8 % en 2018 y un 9,7 % en 2019, la inflación anual osciló entre el 30 % y el 40 % y el desempleo se disparó hasta cerca del 17 %, mientras que las exportaciones de petróleo se desplomaron a mínimos históricos (BBC News, 2019). En cierta medida, esto limitó la capacidad del régimen para apoyar a organizaciones terroristas.

Otro golpe importante al poder regional de Irán fue el asesinato del general Qasem Soleimani, jefe de la Fuerza Quds del Cuerpo de Guardianes de la Revolución Islámica, en un ataque con drones en Bagdad en enero de 2020. En el mismo ataque también fue abatido Abu Mahdi al-Muhandis, líder de las milicias chiíes proiraníes en Irak (Bunn et al., 2020). La eliminación de estos actores clave debilitó significativamente la capacidad operativa y estratégica del ejército iraní. Según Bunn et al. (2020) “estos asesinatos dejaron líderes menos capaces y disciplinados en su lugar”.

Por lo tanto, los resultados de la política de Trump hacia Irán fueron mixtos, ya que, por un lado, fracasó en contener el avance nuclear iraní y en forzar un nuevo acuerdo, pero, por otro, logró dañar gravemente la economía iraní y debilitar el liderazgo de sus fuerzas armadas. Aunque su estrategia no cumplió su principal objetivo, sí que reflejó con claridad una aproximación realista a la realidad internacional de la región.

4.3.2 Fortalecimiento militar y diplomático de Israel

Como hemos mencionado, una de las estrategias fundamentales de la administración Trump para contener el poder regional de Irán consistió en fortalecer el

poder de Israel. Al igual que todos los presidentes anteriores, Trump mantuvo el gran apoyo económico y militar al estado sionista (Masters y Merrow, 2024). Sin embargo, a diferencia de otras administraciones que habían buscado mantener un cierto equilibrio en el conflicto entre Israel y Palestina, Trump adoptó una posición claramente proisraelí, rompiendo con décadas de diplomacia orientada hacia una solución de dos Estados (Stocker, 2023).

Uno de los movimientos más significativos fue el reconocimiento de Jerusalén como capital de Israel en diciembre de 2017 y el traslado de la embajada estadounidense desde Tel Aviv (Nawaz et al., 2024; Gause, 2023). Esta decisión ignoró el consenso internacional y diversas resoluciones previas del Consejo de Seguridad de la ONU, que consideraban el estatus de Jerusalén un asunto a resolver mediante la negociación de las partes (Gause, 2023). La medida fue interpretada como una victoria simbólica y diplomática para Israel, al reforzar su soberanía sobre una ciudad de gran importancia estratégica, histórica y religiosa (Nawaz et al., 2024).

Poco después, en 2019, Trump reconoció la soberanía israelí sobre los Altos del Golán, territorio ocupado desde 1967 y cuya anexión nunca había sido aceptada por la comunidad internacional (Stocker, 2023). Asimismo, Donald Trump abandonó la postura tradicional de considerar ilegales los asentamientos israelíes en Cisjordania (Stocker, 2023). Ambas decisiones reforzaron aún más la posición de Israel en el conflicto con Palestina, al legitimar acciones que históricamente habían sido objeto de condena multilateral.

En enero de 2020, Trump presentó el llamado “Deal of the Century”, un plan de paz que proponía la creación de un Estado palestino bajo condiciones altamente restrictivas y con una cesión territorial importante en favor de Israel. Según el plan, Israel anexaría aproximadamente un 20% de Cisjordania, mantendría el control completo de las fronteras, el espacio aéreo y la seguridad, y los asentamientos existentes serían reconocidos (Stocker, 2023). A cambio, los palestinos recibirían ayuda económica y el reconocimiento formal de su Estado por parte de Israel y Estados Unidos (Stocker, 2023). La propuesta fue rechazada por las autoridades palestinas, que la calificaron como inaceptable y se dirigieron a la Corte Penal Internacional (Stocker, 2023).

La respuesta de la administración Trump fue cortar completamente la ayuda financiera a los territorios palestinos, cerrar la oficina de la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) en Washington y dejar de financiar a las agencias internacionales que apoyaban a los refugiados palestinos (Stocker, 2023).

No obstante, el movimiento más trascendental de Trump fue el impulso de los Acuerdos de Abraham, firmados en septiembre de 2020. A través de esta iniciativa, Israel estableció relaciones diplomáticas con Emiratos Árabes Unidos y Bahréin, y posteriormente con Sudán y Marruecos (Stocker, 2023). Este proceso representó un hito histórico, al tratarse de las primeras normalizaciones de relaciones entre Israel y países árabes desde 1994, y significó el debilitamiento del frente árabe tradicionalmente alineado con la causa palestina. Como señala Freedman (2023), estos acuerdos fueron posibles gracias a “la enemistad compartida con Irán”, que permitió a Trump reconfigurar las alianzas regionales en torno a intereses comunes, en detrimento de la unidad árabe frente a Israel.

Los Acuerdos de Abraham reforzaron el posicionamiento estratégico de Israel como potencia normalizada en la región y permitieron a EE.UU. reducir su compromiso militar directo en la zona al favorecer un bloque regional autónomo frente a Irán (Yossef, 2021). Adicionalmente, los acuerdos abrieron nuevas vías de cooperación económica, tecnológica y diplomática. Sectores como el turismo, la agricultura, la tecnología y las telecomunicaciones se beneficiaron de nuevas inversiones, comercio bilateral y alianzas estratégicas (Nawaz et al., 2024). De este modo, Israel consolidó una posición de liderazgo económico y político en la región, no solo como aliado de EE.UU., sino como un actor aceptado por una parte importante del mundo árabe.

Por lo tanto, la política de Trump hacia Israel refleja claramente su enfoque realista, ya que trató de fortalecer a un aliado clave para contener a Irán, dejando de lado aspiraciones idealistas o soluciones equilibradas al conflicto con Palestina. A pesar de las críticas por su gestión de este conflicto, desde un punto de vista realista, su estrategia fue coherente con los intereses de Estados Unidos y relativamente exitosa. Los Acuerdos de Abraham lograron especialmente fortalecer la posición de Israel como potencia regional respaldada diplomática, económica y militarmente por países árabes.

4.3.3 Apoyo incondicional a Arabia Saudí

El otro eje fundamental de la estrategia regional de la administración Trump para reconfigurar el equilibrio de poder en Oriente Medio en detrimento de Irán fue el fortalecimiento de Arabia Saudí. En este sentido, “la relación entre Arabia Saudí y Estados Unidos siempre había sido estrecha, pero con Trump alcanzó una dimensión inédita” (Gause, 2023). Esto se debió en gran parte a la relación personal entre su yerno

y asesor Jared Kushner y el príncipe heredero saudí Mohammed bin Salman (MBS) (Gause, 2023).

Trump también extendió su apoyo incondicional a otros regímenes autoritarios aliados de Arabia Saudí, como Emiratos Árabes Unidos y Bahrein (Stocker, 2023), con el objetivo de consolidar una coalición regional contra Irán. Esta política refleja de forma clara su rechazo al idealismo y a la promoción de la democracia. Trump apoyó a las monarquías absolutas del Golfo Pérsico sin reparos, ignorando cuestiones relativas a la gobernanza interna o el respeto a los derechos humanos, y priorizando únicamente los intereses geopolíticos y económicos de Estados Unidos.

Una de las decisiones más ilustrativas de este enfoque fue el acuerdo de venta de armamento por valor de 110.000 millones de dólares anunciado en 2017. Según Trump, esta operación supondría una gran inversión en la economía estadounidense, con la creación de “cientos de miles de empleos, un desarrollo económico tremendo y mucha riqueza adicional” (Spindel, 2023). Esta lógica revela un enfoque realista, al concebir las relaciones internacionales como transacciones que deben maximizar el beneficio económico y estratégico nacional. Al mismo tiempo, estas ventas contribuían a reforzar las capacidades militares saudíes, clave para contrarrestar el poder de Irán en la región sin necesidad de intervención directa por parte de Estados Unidos.

El respaldo de Trump no se limitó a la dimensión comercial. Su administración brindó un apoyo total a la guerra liderada por Arabia Saudí en Yemen, a pesar de las crecientes denuncias internacionales por la catástrofe humanitaria que el conflicto estaba generando. Según Stocker (2023), al fin del año 2020, el conflicto había causado la muerte de más de 120.000 personas, muchas de ellas civiles.

Otro episodio clave fue el asesinato del periodista Jamal Khashoggi en el consulado saudí en Estambul en 2018. A pesar del escándalo internacional, Trump se negó a condenar a MBS o a romper relaciones con Arabia Saudí, defendiendo abiertamente la importancia estratégica del vínculo bilateral (Spindel, 2023). En abril de 2019, utilizó su veto presidencial para bloquear una resolución del Congreso que buscaba frenar la venta de armas al régimen saudí, alegando que dicha medida “debilitaría la competitividad global de Estados Unidos” (Spindel, 2023). Asimismo, autorizó la venta de 7.000 millones de dólares en municiones de precisión pese a los temores de que se usaran contra objetivos civiles en Yemen (Spindel, 2023).

En este sentido, la estrategia desplegada por Trump hacia Arabia Saudí refleja de forma clara la priorización absoluta de los intereses nacionales de Estados Unidos sobre

cualquier consideración moral o humanitaria, postura claramente realista. Gracias a su apoyo incondicional a Arabia Saudí, Trump logró con éxito fortalecer intereses estadounidenses como la estabilidad en el suministro de petróleo, la rentabilidad de la industria militar estadounidense y la consolidación del poder saudí como contrapeso efectivo a Irán.

4.3.4 Lucha contra el terrorismo en Siria, Irak y Afganistán

Junto con la debilitación de Irán, la otra gran prioridad estratégica de la política de Donald Trump en Oriente Medio fue la lucha contra el terrorismo yihadista. En su Estrategia de Seguridad Nacional (NSS) de 2017, Trump (2017b) identifica con claridad que “las organizaciones terroristas yihadistas como el ISIS y al-Qaeda están decididas a atacar a Estados Unidos y a radicalizar a los estadounidenses con su ideología de odio” (Trump, 2017b). Por tanto, comprobamos cómo Trump consideraba que el terrorismo islámico constituía una amenaza directa a los intereses vitales de EE. UU., tanto en términos de seguridad como de estabilidad regional y comercial.

La estrategia de Trump frente a este desafío fue, una vez más, claramente realista. Tal como señala Jeffrey (2021), su objetivo fue “desmantelar amenazas terroristas serias, pero manteniendo unas metas estadounidenses limitadas, trabajando principalmente a través de aliados sobre el terreno”. Esta aproximación refleja la continuidad con la estrategia seguida por Obama en este respecto, que consistía en evitar guerras convencionales a gran escala en Oriente Medio, limitando la intervención directa y priorizando operaciones antiterroristas concretas (Schweller, 2018).

En el caso de la lucha contra el Estado Islámico, Trump optó por mantener las tropas estadounidenses desplegadas en Siria e Irak por la administración anterior, pese a que durante la campaña electoral había prometido una retirada completa. A su vez, aumentó el apoyo a las Fuerzas Democráticas Sirias (SDF), compuestas mayoritariamente por milicias kurdas, equipándolas y otorgando mayor libertad operativa a los comandantes estadounidenses en el terreno (Schweller, 2018). Esta estrategia tuvo un gran éxito militar y la campaña contra el ISIS culminó con la caída de su capital, Raqqa, en 2017. En 2019, el ISIS perdió todo su territorio (Jeffrey, 2021). Ese mismo año, en octubre, su líder, Abu Bakr al-Baghdadi, fue abatido por fuerzas especiales estadounidenses, en lo que Trump describió como “la eliminación del hombre más buscado del mundo” (BBC News Mundo, 2019), y proclamando que el grupo yihadista había sido derrotado “al cien por cien” (Jeffrey, 2021).

Una vez alcanzado este objetivo, Trump manifestó su intención de retirar completamente las tropas estadounidenses de Siria (Gause, 2023), lo cual generó tensiones dentro de su administración. Finalmente, Trump optó por una retirada parcial, manteniendo pequeños contingentes dedicados a operaciones antiterroristas y a contrarrestar la influencia iraní (Jeffrey, 2021). En Irak, la lógica fue similar, y tras la derrota del ISIS, Trump redujo significativamente la presencia militar, pero mantuvo algunas unidades para evitar el resurgimiento del grupo y combatir la presencia iraní en el país (Jeffrey, 2021).

En el caso de Afganistán, la estrategia fue también coherente con una visión realista. Al inicio de su mandato, Trump ordenó un incremento temporal del número de tropas para hacer frente a la amenaza de los talibanes y Al-Qaeda (Gause, 2023). Sin embargo, hacia el final de su presidencia, inició la retirada definitiva de las fuerzas estadounidenses mediante una solución negociada. El 29 de febrero de 2020, Trump firmó un acuerdo con los talibanes en Doha, Qatar, comprometiéndose a retirar todas las tropas estadounidenses de forma escalonada antes de mayo de 2021.

A cambio, los talibanes acordaron no permitir que su territorio se utilizara como plataforma para planear ataques contra EE. UU. o sus aliados, y a evitar el reclutamiento, entrenamiento o financiación de grupos terroristas en suelo afgano (Departamento de Estado de los Estados Unidos, 2020). Esta decisión se alineó con los postulados realistas, ya que Trump priorizó acabar con el coste que suponía mantener tropas en Afganistán, dejando de lado cualquier pretensión de democratización y pactando con los talibanes.

5. CONCLUSIONES

El objetivo de este trabajo es determinar si la política exterior hacia Oriente Medio de las administraciones estadounidenses de George W. Bush y Donald Trump, tanto en términos de la dialéctica empleada como de las principales decisiones implementadas, fue impulsada por un enfoque teórico realista o idealista, así como evaluar cuál de estos dos enfoques tuvo una mayor eficacia para promover la estabilidad y defender los intereses estratégicos de Estados Unidos en dicha región.

El análisis de fuentes primarias y secundarias relacionadas con el discurso, la dialéctica y las doctrinas estratégicas en materia de política exterior de estas dos administraciones estadounidenses nos ha permitido concluir, en primer lugar, que la retórica de la política exterior de George W. Bush se enmarcó dentro del idealismo, influenciada fuertemente por el pensamiento neoconservador que dominó su administración tras los atentados del 11 de septiembre de 2001. Si bien durante sus primeros meses en la Casa Blanca Bush proyectó una visión realista, el impacto del 11-S transformó su enfoque hacia una cruzada moral e ideológica. De hecho, Bush resultó ser un presidente mucho más influido en su política exterior por la ideología, el neoconservadurismo idealista en su caso, que su predecesor en el cargo, Bill Clinton, y por supuesto mucho más que su propio padre (Powaski, 2019).

En segundo lugar, hemos concluido que la dialéctica en materia de política exterior de Donald Trump estuvo claramente alineada con los principios del realismo. Tanto su retórica electoral como la formulación de su *National Security Strategy* (2017) muestran claramente como Trump concibe el sistema internacional como un entorno competitivo y anárquico, en el que los Estados actúan guiados exclusivamente por sus intereses y el incremento de su poder. También hemos comprobado cómo, en múltiples ocasiones, Trump rechazó explícitamente los principios del idealismo, como la promoción de la democracia y los derechos humanos, y optó por una lógica transaccional basada en la maximización del interés nacional.

Por su parte, los análisis de caso de las principales actuaciones de estos dos presidentes en Oriente Medio, realizados con el fin de analizar la coherencia entre la retórica ideológica y las decisiones implementadas, nos ha permitido concluir que las acciones de George W. Bush en Oriente Medio estuvieron motivadas por la profunda convicción idealista de que la democracia era la clave para erradicar el terrorismo y estabilizar la región. Esto culminó en la formulación de la doctrina Bush, que guió las intervenciones militares en Afganistán e Irak con el objetivo de transformar políticamente

la región. Por lo tanto, aunque con formas más unilaterales, Bush continuó con la política exterior idealista basada en la hegemonía liberal de Estados Unidos que la administración Clinton había promovido, y que tenía como principal objetivo la expansión de la democracia liberal en el mundo (Mearsheimer, 2018).

A su vez, hemos comprobado como todas las actuaciones de Donald Trump en Oriente Medio tuvieron una motivación eminentemente realista, en línea con su dialéctica. Estas persiguieron el único objetivo de preservar los intereses económicos y de seguridad de Estados Unidos en la región, y se tradujeron en tres grandes líneas de actuación. En primer lugar, Trump buscó contener el poder militar, económico y nuclear de Irán, para lo que optó por una estrategia de confrontación directa, abandonando el acuerdo nuclear de Obama (JCPOA) y aplicando una política de “máxima presión” con el fin de que Irán accediera a negociar otro acuerdo con condiciones más estrictas.

Por otro lado, Trump priorizó reforzar las capacidades materiales en el plano militar, diplomático, territorial y económico de Israel y Arabia Saudí, sus principales aliados regionales y rivales históricos de Irán, sobre cualquier preocupación democrática o humanitaria, como la situación de los palestinos o el asesinato de un periodista por parte del régimen saudí. El tercer gran objetivo de Trump fue el de eliminar las amenazas terroristas en Siria, Irak y Afganistán con el mínimo coste posible para Estados Unidos, para lo que empleó una estrategia focalizada, dedicando medios limitados y apoyándose en actores locales. Por lo tanto, podemos concluir que existió una gran coherencia entre la dialéctica empleada y las decisiones implementadas por ambas administraciones en cuanto a su carácter realista o idealista se refiere.

Finalmente, los análisis de caso de las principales actuaciones de Bush y Trump en Oriente Medio también nos han permitido obtener valiosas conclusiones a cerca del impacto que estas políticas tuvieron en la paz, estabilidad y seguridad regional, así como en el avance de los intereses estadounidenses en la región. En cuanto a los resultados de las políticas idealistas de Bush en Oriente Medio, hemos comprobado cómo estas fueron, en gran medida, contraproducentes. La guerra en Afganistán, aunque inicialmente exitosa en la eliminación del régimen talibán, derivó en un conflicto prolongado sin una estrategia efectiva de consolidación democrática, lo que permitió el resurgimiento de los talibanes y sumió al país en una inestabilidad crónica. Por lo tanto, la estrategia de Bush no logró ni eliminar por completo la amenaza terrorista ni la consolidación de un estado democrático estable en Afganistán.

En Irak, la invasión de 2003 y el derrocamiento de Saddam Hussein resultó también en una guerra prolongada con un alto coste para Estados Unidos. El colapso del Estado iraquí produjo un vacío de poder que facilitó el auge de grupos insurgentes y organizaciones terroristas como el Estado Islámico, que suponían una grave amenaza contra la seguridad de Estados Unidos y contribuyeron a desestabilizar aún más la región. Además, esta situación fortaleció la influencia de Irán en Irak, debilitando los intereses estratégicos de Estados Unidos en el país.

Ambos ejemplos sirven para demostrar los límites de la hegemonía liberal, pues dejaron en evidencia que, aunque el poder militar estadounidense es formidable, su capacidad para transformar sociedades extranjeras y garantizar estabilidad política es mucho más limitada. En definitiva, la política exterior de Bush en Medio Oriente representó uno de los experimentos idealistas más ambiciosos de la historia reciente, pero sus consecuencias demostraron los límites y riesgos de aplicar un enfoque basado en la imposición de valores sin considerar las realidades geopolíticas y culturales de la región. Lejos de crear un orden democrático estable en Oriente Medio y de eliminar la amenaza terrorista contra la seguridad de Estados Unidos, Bush dejó tras de sí un legado de guerra, fragmentación política y desconfianza hacia la intervención estadounidense.

Por último, podemos concluir que las políticas realistas de Donald Trump tuvieron resultados mixtos. La estrategia de máxima presión contra Irán logró debilitar gravemente su economía y desestabilizar su aparato militar. No obstante, fracasó en su objetivo central de impedir que Irán retomara su programa nuclear y alcanzar un nuevo acuerdo con términos más estrictos. De hecho, al final de su mandato, Teherán estaba más cerca de la bomba nuclear que en 2017. Además, la confrontación directa con Irán contribuyó a generar inestabilidad en la región y aumentó la actitud beligerante del régimen ayatolá contra Estados Unidos y sus aliados.

En contraste, la política de Trump hacia Israel fue considerablemente más exitosa. En cuanto a los intereses estratégicos de Estados Unidos, Trump logró reforzar significativamente a Israel, su principal aliado en Oriente Medio, mediante decisiones como el reconocimiento de Jerusalén como su capital, y el impulso de los Acuerdos de Abraham. Estos pactos consiguieron aumentar significativamente el poder militar, diplomático y económico de Israel y reforzaron la alianza anti-iraní en la región. En términos de la estabilidad regional, aunque su propuesta no logró resolver el conflicto entre Israel y Palestina, los citados Acuerdos de Abraham sí que contribuyeron a aumentar la estabilidad en la región, redujeron las tensiones históricas y fomentaron la cooperación

entre el mundo árabe e Israel. Por su parte, Trump también logró el fortalecimiento militar y político del régimen saudí mediante ventas masivas de armas y respaldo diplomático incondicional. Esto fue beneficioso para los intereses de EE. UU., ya que una Arabia fuerte permitió contener a Irán, contribuyó al equilibrio regional y reforzó un bloque árabe alineado con los intereses estadounidenses. No obstante, esta política generó un alto coste humanitario en Yemen.

La lucha contra el terrorismo yihadista, especialmente contra el Estado Islámico, constituye uno de los éxitos más tangibles de la administración Trump en los dos parámetros analizados. Gracias a una estrategia focalizada, con medios limitados y apoyo a actores locales, logró la derrota territorial del califato, la eliminación de su líder y una progresiva retirada militar de Siria e Irak. Esto consiguió eliminar una amenaza directa contra la seguridad de Estados Unidos y fortalecer la estabilidad regional, con un coste financiero y humanitario muy moderado. En Afganistán, la firma de un acuerdo con los talibanes que garantizaba la no utilización del país como base para ataques terroristas, permitió iniciar el proceso de retirada sin comprometer, en principio, los intereses de seguridad de Estados Unidos.

Por lo tanto, podemos concluir, en relación con el objetivo último de este trabajo, que las políticas de Estados Unidos hacia Oriente Medio inspiradas en el realismo durante los periodos analizados, en líneas generales, fueron más eficaces que las idealistas en términos del fortalecimiento de los intereses estratégicos estadounidenses. De forma similar, en términos de estabilidad regional, las políticas idealistas de Bush, si bien aspiraban a transformar el orden político de Oriente Medio mediante la promoción de la democracia y los derechos humanos, en la práctica, contribuyeron a una mayor inestabilidad que las políticas realistas de Trump. Aunque estas estrategias no fueron perfectas, estuvieron marcadas por diferentes controversias y no consiguieron estabilizar la región en su totalidad, consiguieron avances tangibles en esta materia.

En conclusión, este estudio ha puesto en valor como el discurso y la retórica no son meras herramientas políticas, sino que representan los marcos mentales a partir de los cuales los líderes mundiales interpretan el sistema internacional. También hemos comprobado que las acciones de los estados están altamente influenciadas por la ideología de sus líderes y su concepción a cerca de cómo funciona y cómo debería funcionar el mundo. Asimismo, en este trabajo se ha demostrado que el realismo y el idealismo constituyen dos lentes fundamentales para comprender de forma simple las motivaciones de la política exterior de Estados Unidos. Por su parte, al comparar las administraciones

de George W. Bush y Donald Trump, dos presidentes del mismo partido pero con visiones radicalmente distintas del orden internacional, hemos comprobado, de forma similar, que las ideas son muy importantes. En concreto, se ha constatado que en una región clave como Oriente Medio, la concepción idealista o realista de los presidentes analizados ha tenido grandes implicaciones, ha dado origen a políticas muy distintas y, en muchas ocasiones, ha significado paz o guerra, estabilidad o colapso.

Finalmente, si bien hemos concluido que durante los periodos analizados las políticas realistas fueron más eficaces que las idealistas, esto no significa que en todos los casos sea necesariamente así. No debemos olvidar que la eficacia de un enfoque teórico depende de su capacidad para adaptarse a contextos concretos, y en regiones marcadas por tensiones históricas, culturales, religiosas y étnicas como Oriente Medio, la imposición de valores e ideales puede llegar a ser ingenua y peligrosa. Por tanto, de cara a futuras investigaciones se podría ampliar este estudio a otras regiones. También se debería realizar un análisis comparativo de las administraciones del Partido Demócrata en el siglo XXI de Barack Obama y Joe Biden. Por último, sería de gran actualidad y utilidad examinar cómo podría proyectarse la política exterior hacia Oriente Medio durante la actual segunda presidencia de Donald Trump.

BIBLIOGRAFÍA

- Alkumeet, B. H., AL-Aroud, R., Hamdon, H. M. O., y Aljbour, R. (2020). Realism in Donald Trump's Middle East policy. *International Affairs and Global Strategy* 85, 10–18.
<https://pdfs.semanticscholar.org/9552/0afc531c48d94bcf86dc7d7bb3eb19b98064.pdf>
- Al Sarhan, A. S. (2017). United States foreign policy and the Middle East. *Open Journal of Political Science*, 7(4), 454-472.
<https://www.scirp.org/journal/paperinformation?paperid=78991>
- BBC News. (2019, 9 de diciembre). *Six charts that show how hard US sanctions have hit Iran*. Recuperado el 4 de marzo de 2025 de <https://www.bbc.com/news/world-middle-east-48119109>
- BBC News Mundo. (2019, 27 de octubre). *Abu Bakr al Baghdadi: el líder del autodenominado Estado Islámico muere durante un operativo de EE.UU. en Siria*. Recuperado el 17 de marzo de <https://www.bbc.com/mundo/noticias-internacional-50200477>
- Bunn, M., Kaplan, M. L., Sherwood-Randall, E. D., Votel, J. L., Masoud, T., Brooks, V. K., Samore, G., Malin, M. B., Tobey, W. H., Sherman, W. R., Dobriansky, P. J., y Khouri, R. (2020). Impacts of the U.S. killing of Qassem Soleimani. *Belfer Center for Science and International Affairs*.
<https://www.belfercenter.org/publication/impacts-us-killing-qassem-soleimani>
- Bush, G. W. (1999). *A Charge to Keep: My Journey to the White House*. San Francisco: William Morrow and Company.
- Bush, G. W. (2000). “*Republican Party Nomination Acceptance Address*.” Filadelfia, 3 de agosto. <http://www.presidentialrhetoric.com>
- Bush, G. W. (2001). “*Inaugural Address*.” Washington D.C., 20 de enero. <http://www.presidentialrhetoric.com>
- Bush, G. W. (2002). “*Graduation Speech at West Point*.” West Point, 1 de junio. <http://www.whitehouse.gov>
- Bush, G. W. (2003a). “*Address to the American Enterprise Institute*.” Washington D.C., 26 de febrero. <http://www.presidentialrhetoric.com>
- Bush, G. W. (2003b). “*Address on Iraq Policy at Whitehall Palace*.” Londres, 19 de noviembre. <http://www.whitehouse.gov>
- Bush, G. W. (2004). “*Address to the United Nations*.” Nueva York, 21 de septiembre. <http://www.presidentialrhetoric.com>
- Byman, D., y Moller, S. B. (2016). The United States and the Middle East: Interests, risks, and costs. En J. Suri y B. Valentino (Eds.), *Sustainable security: Rethinking American national security strategy* (pp. 1–34). Oxford University Press.
https://tobinproject.org/sites/default/files/assets/Byman%20%26%20Moller%20-%20The%20United%20States%20and%20the%20Middle%20East_0.pdf
- Clayton, T. (2024). *Al Qaeda: Background, Current Status, and U.S. Policy* (CRS Report No. IF11854). Congressional Research Service.
<https://crsreports.congress.gov/product/pdf/IF/IF11854>

- Departamento de Estado de los Estados Unidos. (2020). *Acuerdo para traer la paz a Afganistán entre el Emirato Islámico de Afganistán, que no es reconocido por los Estados Unidos como un estado y es conocido como los Talibanes, y los Estados Unidos de América*. <https://www.state.gov/wp-content/uploads/2020/02/Agreement-For-Bringing-Peace-to-Afghanistan-02.29.20.pdf>
- Doyle, M.W. (1983). "Kant, Liberal Legacies, and Foreign Affairs." *Philosophy & Public Affairs*, Vol. 12, No. 3 (Summer, 1983), pp. 205-235. <http://ereserve.library.utah.edu/Annual/POLS/6690/Lobell/kant.pdf>
- Freedman, L. (2023). Trump's limited legacy. En R. Jervis, D. N. Labrosse, S. Goddard, y J. Rovner (Eds.), *Chaos reconsidered: The liberal order and the future of international politics* (pp. 487–495). Columbia University Press.
- Gause, F. G., III. (2023). The Trump administration and the Middle East: Not much change, not much success. En R. Jervis, F. Gavin, J. Rovner, y D. Labrosse (Eds.), *Chaos reconsidered: The liberal order and the future of international politics* (pp. 270–277). Columbia University Press.
- Gordon, P. H. (2006). The end of the Bush revolution. *Foreign Affairs*, 85 (3), 2-9. <https://www.foreignaffairs.com/united-states/end-bush-revolution>
- Haass, R. (2009, 1 de mayo). *The return of American realism*. Project Syndicate. Recuperado el 13 de marzo de 2025 de <https://www.project-syndicate.org/commentary/the-return-of-american-realism>
- Hook, B. (2017). *Balancing Interests and Values*. Departamento de Estado de los Estados Unidos. <https://www.politico.com/f/?id=00000160-6c37-da3c-a371-ec3f13380001>
- International Energy Agency. (2024). *Oil Market Report – December 2024*. https://iea.blob.core.windows.net/assets/209af090-8713-42b6-ac5b-650c6e68bccc/-12DEC2024_OilMarketReport.pdf
- Iriarte, M. (2021). *Realismo político y filosófico en Tucídides y en Maquiavelo* [Monografía, Universidad de los Andes]. Repositorio Universidad de los Andes. <https://repositorio.uniandes.edu.co/server/api/core/bitstreams/e9481e3a-8e6c-4cf8-8d39-54acb55fe2ad/content>
- Jeffrey, J. F. (2021). Biden doesn't need a new Middle East policy: The Trump administration got the region right. *Foreign Affairs*. <https://www.foreignaffairs.com/articles/middle-east/2021-01-15/biden-doesnt-need-new-middle-east-policy>
- Keohane, R. O., y Nye, J. S. (1977). *Power and interdependence: World politics in transition*. Little, Brown and Company.
- Khalilzad, Z. (2018). Realism returns. *The National Interest*, (154), 27–34. <https://www.jstor.org/stable/26557451>
- Kissinger H. (1994). *Diplomacy*. New York: Simon & Schuster.
- Krauthammer, C. (2005). *The neoconservative convergence*. Belfer Center for Science and International Affairs, Harvard Kennedy School.

- https://www.belfercenter.org/sites/default/files/pantheon_files/files/publication/krauthammer.pdf
- Krauthammer, C. (2016, 26 de mayo). *The Arrow of History*. The Washington Post. Recuperado el 16 de marzo de 2025 de https://www.washingtonpost.com/opinions/the-arrow-of-history/2016/05/26/ff384f7c-2369-11e6-9e7f-57890b612299_story.html
- Litwak, R. (2002). The new calculus of preemption. *Survival*, 44(4), 53-80. <https://doi.org/10.1080/00396330212331343492>
- Löfflmann, G. (2020). From the Obama Doctrine to America First: The erosion of the Washington consensus on grand strategy. *International Politics*, 57(4), 588-605. <https://wrap.warwick.ac.uk/id/eprint/115241/9/WRAP-Obama-Doctrine-America-First-erosion-Washington-consensus-grand-strategy-Lofflmann-2019.pdf>
- Maizland, L. (2023, 19 de enero). The Taliban in Afghanistan. *Council on Foreign Relations*. Recuperado el 23 de abril de 2025 de <https://www.cfr.org/background/taliban-afghanistan>
- Masters, J., y Merrow, W. (2024, 13 de noviembre). *U.S. aid to Israel in four charts*. Council on Foreign Relations. Recuperado el 27 de febrero de 2025 de <https://www.cfr.org/article/us-aid-israel-four-charts>
- Mattis, J. N. (2018). *Remarks by Secretary Mattis on National Defense Strategy*. Departamento de Defensa de los Estados Unidos. Washington D.C., 1 de diciembre. <https://www.defense.gov/News/Transcripts/Transcript/Article/1702965/remarks-by-secretary-mattis-on-national-defense-strategy/>
- Mazarr, M. J. (2003). George W. Bush, Idealist. *International Affairs*, 79(3), 503-522. <https://library.fes.de/libalt/journals/swetsfulltext/16531726.pdf>
- Mearsheimer, J. J. (2001). *The Tragedy of Great Power Politics*. Nueva York: W. W. Norton & Company.
- Mearsheimer, J. J., Art, R. J., Brown, M. E., Carpenter, T. G., Desch, M. C., Dueck, C.,... Van Evera, S. (2002). *War with Iraq is not in America's national interest*. New York Times. <https://www.mearsheimer.com/wp-content/uploads/2019/06/War-with-Iraq-Is-Not-in-Americas-National-Interest.pdf>
- Mearsheimer, J. J., y Walt, S. M. (2003). *An unnecessary war*. *Foreign Policy*, 134, 51-59. <https://www.mearsheimer.com/wp-content/uploads/2019/07/A0032.pdf>
- Mearsheimer, J. J. (2005). Hans Morgenthau and the Iraq war: realism versus neo-conservatism. *Open Democracy*. <https://www.mearsheimer.com/wp-content/uploads/2019/07/A0037.pdf>
- Mearsheimer, J. J. (2018). *The great delusion: Liberal dreams and international realities*. Yale University Press.
- McGurk, B. (2019). American foreign policy adrift: Pompeo is calling for realism—Trump isn't delivering. *Foreign Affairs*. <https://www.foreignaffairs.com/articles/united-states/2019-06-05/american-foreign-policy-adrift>

- Morgenthau, H. J. (1948). *Politics Among Nations: The Struggle for Power and Peace*. New York: Alfred A. Knopf.
- Nawaz, A., Imran, M., Amanullah, A., Riaz, M., Urooj, S., y Ali, Z. (2024). The US role in Middle Eastern region under President Trump administration. *Migration Letters*, 21(10), 165–176. <https://migrationletters.com/index.php/ml/article/view/10456>
- Noor, A. Q., y Kasap, T. M. (2022). The debate on idealism and realism in the history of international relations. *International Journal of Innovative Science, Engineering & Technology*, 9(6), 224-234. https://ijiset.com/vol9/v9s6/IJISSET_V9_I06_23.pdf
- Pompeo, M. R. (2018). Confronting Iran: The Trump administration's strategy. *Foreign Affairs* 97(6), 60-70. <https://www.foreignaffairs.com/articles/middle-east/2018-10-15/michael-pompeo-secretary-of-state-on-confronting-iran>
- Pompeo, M. R. (2019). *Diplomatic Realism, Restraint, and Respect in Latin America*. Departamento de Estado de los Estados Unidos. Universidad de Louisville, Kentucky, 2 de diciembre. <https://2017-2021.state.gov/diplomatic-realism-restraint-and-respect-in-latin-america/>
- Powaski, R. (2019). *Ideals, Interests, and U.S. Foreign Policy from George H. W. Bush to Donald Trump*. Palgrave Macmillan.
- Powell, C. (2015, 29 de diciembre). *La política exterior y de seguridad de Barack Obama: ¿Hacia un nuevo paradigma geopolítico estadounidense?* Real Instituto Elcano. Recuperado el 14 de marzo de 2025 de <https://www.realinstitutoelcano.org/documento-de-trabajo/la-politica-exterior-y-de-seguridad-de-barack-obama-hacia-un-nuevo-paradigma-geopolitico-estadounidense/>
- Preble, C. (2018, 8 de mayo). *Can America's credibility survive the death of the Iran nuclear deal?* The National Interest. Recuperado el 17 de marzo de 2025 de <https://nationalinterest.org/blog/the-skeptics/can-americas-credibility-survive-the-death-the-iran-nuclear-25745>
- Rose, G. (2005, 18 de agosto). *Get real*. The New York Times. Recuperado el 9 de marzo de 2025 de: <https://www.nytimes.com/2005/08/18/opinion/get-real.html>
- Schweller, R. (2018). Three cheers for Trump's foreign policy: What the establishment misses. *Foreign Affairs*, 97(5), 133-144. <https://www.foreignaffairs.com/articles/world/2018-08-13/three-cheers-trumps-foreign-policy>
- Schweller, R. L. (2023). Trump's realism. En R. Jervis, D. N. Labrosse, S. E. Goddard, y J. Rovner (Eds.), *Chaos reconsidered: The liberal order and the future of international politics* (pp. 55-64). Nueva York: Columbia University Press.
- Schmidt, B. C., y Williams, M. C. (2008). The Bush doctrine and the Iraq War: Neoconservatives versus realists. *Security Studies*, 17(2), 191-220. <https://www.tandfonline.com/doi/pdf/10.1080/09636410802098990>
- Shrader, N. R. (2022). *From Realism to Liberalism: George W. Bush's Rhetorical Foreign Policy Transition, 1999–2004*. Suffolk University. <https://www.google.com/url?sa=t&source=web&rct=j&opi=89978449&url=http>

[s://tupjournals.temple.edu/index.php/commonwealth/article/view/497/547&ved=2ahUKEwjGq8qvmJ6LxUiBNsEHfsgJ7wQFnoECBQQAQ&usg=AOvVawIE4-7dl7F-wtJxeJF_S8JE](https://tupjournals.temple.edu/index.php/commonwealth/article/view/497/547&ved=2ahUKEwjGq8qvmJ6LxUiBNsEHfsgJ7wQFnoECBQQAQ&usg=AOvVawIE4-7dl7F-wtJxeJF_S8JE)

- Smith, H. J. (2021). *Realism and idealism in foreign policy decision making*. Lexington Books.
- Spindel, J. (2023). Trump's transactional follies: The consequences of treating the arms trade like a business. En R. Jervis, F. J. Gavin, J. Rovner, y D. Labrosse (Eds.), *Chaos reconsidered: The liberal order and the future of international politics* (pp. 168–180). Columbia University Press.
- Stocker, J. R. (2023). One eye on the rearview mirror: The Middle East from Trump to Biden. En R. Jervis, F. J. Gavin, J. Rovner, y D. N. Labrosse (Eds.), *Chaos reconsidered: The liberal order and the future of international politics* (pp. 447–457). Columbia University Press.
- Surratt, R. (2000). *The Middle East* (9 ed., p. 4). Washington DC: Congressional Quarterly Press.
- Switzer, T. (2014, 11 de agosto). *Nixon, the balance of power, and realism*. The National Interest. Recuperado el 14 de marzo de 2025 de <https://nationalinterest.org/feature/nixon-the-balance-power-realism-11048>
- Switzer, T. (2018, 3 de diciembre). *George H.W. Bush: The quintessential realist*. The Strategist. Recuperado el 14 de marzo de 2025 de <https://www.aspistrategist.org.au/george-h-w-bush-the-quintessential-realist/>
- Taspinar, Ö. (2024). Reviving Jacksonian realism: Trump's foreign policy in potential second term. *Emirates Policy Center*. <https://www.epc.ae/en/details/featured/reviving-jacksonian-realism-trump-s-foreign-policy-in-potential-second-term>
- Toro Hardy, A. (2024). Idealism and realism in America's foreign policy. *World Geostrategic Insights*. Recuperado el 6 de abril de 2025 de <https://www.wgi.world/idealism-and-realism-in-america-s-foreign-policy/>
- Trump, D. J. (2016a, 7 de septiembre). *Remarks at the Union League of Philadelphia in Philadelphia, Pennsylvania*. The American Presidency Project. <https://www.presidency.ucsb.edu/documents/remarks-the-union-league-philadelphia-philadelphia-pennsylvania>
- Trump, D. J. (2016b, 27 de abril). *Donald Trump delivers foreign policy speech*. Center for the National Interest. <https://cftni.org/recent-events/donald-trump-delivers-foreign-policy-speech/>
- Trump, D. J. (2017a, 20 de enero). *The Inaugural Address*. The White House. <https://trumpwhitehouse.archives.gov/briefings-statements/the-inaugural-address/>
- Trump, D. J. (2017b). *National Security Strategy of the United States of America*. The White House. <https://trumpwhitehouse.archives.gov/wp-content/uploads/2017/12/NSS-Final-12-18-2017-0905.pdf>
- Trump, D. J. (2018, 25 de septiembre). *Remarks by President Trump to the 73rd Session of the United Nations General Assembly*. The White

- House. <https://trumpwhitehouse.archives.gov/briefings-statements/remarks-president-trump-73rd-session-united-nations-general-assembly-new-york-ny/>
- Trump, D. J. (2019, 5 de febrero). *President Donald J. Trump's State of the Union Address*. The White House. <https://trumpwhitehouse.archives.gov/briefings-statements/president-donald-j-trumps-state-union-address-2/>
- Wald, E. R. (2017, 11 de enero). Rex Tillerson to Congress: 'I am a realist'. *Forbes*. Recuperado el 14 de marzo de 2025 de <https://www.forbes.com/sites/ellenwald/2017/01/11/rex-tillerson-to-congress-i-am-a-realist/>
- Walt, S. M. y Mearsheimer, J. J. (2016). The case for offshore balancing: A superior U.S. grand strategy. *Foreign Affairs*, 95(4), 70-83. <https://www.foreignaffairs.com/articles/united-states/2016-06-13/case-offshore-balancing>
- Waltz, K. (1979). *Theory of International Politics*. New York: McGraw-Hill.
- Waltz, K. (1993). The emerging structure of international politics. *International Security*, 18(2), 44–79. <https://doi.org/10.2307/2539097>
- Watson Institute for International and Public Affairs. (2021). *Human and budgetary costs to date of the U.S. war in Afghanistan, 2001-2022*. Costs of War Project, Brown University. <https://watson.brown.edu/costsofwar/figures/2021/human-and-budgetary-costs-date-us-war-afghanistan-2001-2022>
- Wilson, P. (2011). Idealism in international relations. En K. Dowding (Ed.), *Encyclopedia of Power* (pp. 332-333). SAGE Publications. <https://eprints.lse.ac.uk/41929/>
- Yossef, A. (2021). *The regional impact of the Abraham Accords*. *Modern War Institute* 20(2), 10-17. <https://mwi.westpoint.edu/wp-content/uploads/2021/02/regional-impact-abraham-accords.pdf>